

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Heinz FÄHNRIICH, 2007, *Kartwelisches etymologisches Wörterbuch*. Handbuch der Orientalistik, Abt. 8, Bd. 18, Leiden, E.J. Brill. iv + 873 pp., 24,5cm.

Los especialistas en filología y lingüística carvélicas disponen de varios diccionarios etimológicos. Todos ellos son de marcado carácter léxico y aunque entre sus lemmata pueden encontrarse elementos morfológicos, estos no reciben ningún tratamiento morfosintáctico a nivel etimológico como el que cabría esperar de una gramática comparada. De hecho, una gramática comparada de las lenguas carvélicas es desde hace mucho tiempo el desideratum más acuciante de la carvelología histórica y comparativa. Sin embargo, el número de personas que en la actualidad podrían acometer la redacción de una obra de semejantes características cada vez es más reducido, ya que a la pérdida de eminentes carvelólogos se suma el (incómodo) hecho de que para especialistas de renombre como Alice Harris, Winfred Boeder, George Hewitt, Kevin Tuite, Karl Horst Schmidt o el propio Heinz Fähnrich, no parece que exista un relevo generacional con idénticos intereses en lingüística histórica y comparativa (¿quién continúa el trabajo de Klimov en Rusia?). La confección de una gramática comparada marca un antes y un después en la historiografía particular de la disciplina a la que atañe, y con independencia del resultado final, constituye por derecho propio un punto de referencia obligatorio para futuras investigaciones. Esta reseña no da la bienvenida por desgracia a la obra fundacional que se comenta, sino que analiza las vicisitudes de un «nuevo» diccionario etimológico. Las comillas en «nuevo» quedarán suficientemente explicadas en las líneas que siguen a continuación.

Los diccionarios etimológicos carvélicos en cuerpo son cinco, pero en espíritu tres, como sus autores: por un lado el ruso Georgi A. Klimov (=Georgij Andreevič Klimov, 1928-1997) y por otro la pareja

formada por el alemán Heinz Fähnrich y el georgiano de origen mingrelia Surab Sardshweladse (=Zurab Sarjveladze, 1939-2002). La carvelología es la única disciplina donde pueden encontrarse dos diccionarios etimológicos distintos traducidos: el de Klimov, que se traduce del ruso al inglés (Klimov 1964[1998]) [abreviado GK], y el de Fähnrich y Sardshweladse, del georgiano al alemán (Fähnrich y Sardshweladse 1990 [1995]) [abreviado SS&HF]. El caso indoeuropeo más célebre lo constituye quizás la traducción inglesa del diccionario gótico de Feist, a cargo de Winfred Lehmann, aunque el académico norteamericano practica algo más que la traducción, como se percibe fácilmente comparando ambas versiones; menos concienzuda ha sido la traducción alemana del diccionario etimológico húngaro dirigido por Loránd Benkő, por citar un ejemplo de la filología urálica. El nuevo diccionario de Fähnrich [abreviado HF] es básicamente el último (¿los últimos?) de los enumerados, pero corregido y sustancialmente aumentado. Ante esta situación, la pregunta lógica es: ¿realmente era necesario otro diccionario etimológico? La respuesta, vaya por delante, es, en la humilde opinión de quien reseña, un rotundo no.

La organización de HF es idéntica a la de su predecesor: índice de materias (p. 3), introducción (pp. 5-25), tabla de consonantes (p. 26), diccionario (pp. 27-727), bibliografía (pp. 728-56), abreviaturas (pp. 757-8), índice de formas reconstruidas (pp. 759-72), index verborum (pp. 773-857) e índice de significados (pp. 858-73). En este aspecto, la única diferencia con SS&HF es que el index verborum aparece desglosado en las diferentes lenguas. De idéntico modo podían haberse desglosado las letras del diccionario para ahorrar así tiempo en la búsqueda. Las únicas diferencias en el capítulo introductorio afectan a un par de párrafos. Así, en la p. 13 de ambas ediciones puede observarse como la nueva edición ha suprimido el siguiente fragmen-

to: «Gruppen Anteil am Fortschritt der etymologischen Erforschung der kartwelischen Lexik und an der Erarbeitung etymologischer Wörterbücher hatte S. Sardshwaladse, der auch in zahlreichen Arbeiten viele Neuzusammenstellungen kartwelischen Wortschatzes sowie korekturen an früheren Rekonstruktionen vornahm. Sein Beitrag zum historisch-vergleichenden Studium der Kartwelsprachen Word unvergessen bleiben.» Asimismo, un párrafo en la p. 23 de SS&HF ha sido ampliado en HF, pp. 23-4, para incluir el tratamiento de cuatro nuevos fonemas (*vid. infra*).

La contraportada promete más de mil nuevas etimologías («z.B. über tausand neue Etymologien»), y no hay motivo para dudar de la veracidad de este anuncio. Sin embargo, demostrarlo no es empresa sencilla porque HF ha añadido y al mismo tiempo eliminado multitud de etimologías. A modo de prueba, se han comparado las primeras páginas de la sección dedicada al fonema */k'/ (pp. 217-610=SS&HF pp. 181-214): se ha añadido **k'atx-* 'wooden goblet' a partir de georgiano *k'atx-a* 'Humpen', mingrelío *k'otx-o*, svan *k'atx* 'id.', quizás un préstamo (¿prehistórico?) del armenio *k'adya(y)* o *k'axa(y)* 'copa, vaso' (GK pp. 84-5). La forma svana *k'atx(a)* es al menos un préstamo georgiano y en mingrelío hay formas con *-r-* secundaria, p.ej. *k'ortxo-*, *k'ortxu-*, pero HF no se hace eco de estos hechos, perfectamente recogidos en el lemma correspondiente en GK (pp. 84-5). Dada la categoría académica de HF, es ilegítimo afirmar que el especialista alemán desconoce estos detalles; lo incomprensible es la ausencia de explicaciones al respecto. Dos nuevas raíces homófonas con la estructura radical **k'al-* son añadidas, la primera de marcado carácter nominal, p.ej. en georgiano *k'al-o* 'Dreschplate' o mingrelío *k'el-i* 'Dreschbrett' y la segunda tanto nominal como verbal, en georgiano *k'al-ia* 'salzkraut', *c'a-mk'al-eb-a* 'vergällen' o mingrelío-laz *k'ol-o* 'bitter', y se elimina **k'al-/k'l-* 'to lack, to be sort of' (cfr. GK p. 85). El problema es que en el caso de los descartes el lector desconoce cuáles han sido las motivaciones de HF. Para este último caso, Klimov cita dos formas en principio de documentación dudosa: mingrelío-laz *k'ul-*, y otra menos controvertida, svan *k'l-* 'carecer'. En SS&HF se sustituyó ésta (pese a Gudjedjani y Palmaitis 1985: 157 s.v. *li-k'l-ije* 'to be lacking smth') por *čaw-* amparándose en los cambios **k' > č-* (para el que p.ej. **k'ac₁-i* 'Mensch, Mann' > pre-svan **k'äč(-i)* > **k'äs* > *čäs* 'Ehemann', cfr. georgiano *k'ac-i* 'Mensch, Mann', mingrelío-laz *koč-i* 'id.') y **-l > -w-*, este último supuestamente dialectal. Ahora bien, como etimologistas responsa-

bles, ¿qué debe hacerse con svan *k'l-* 'carecer'? ¿Debe ser considerado un préstamo georgiano? O por el contrario ¿debe reconocerse un doblete en los resultados históricos de la raíz **k'al/*k'l-*, uno dialectal y otro «normativo-regular»? Obsérvese que HF añade una tercera raíz de forma **k'ap'* basada únicamente en georgiano *k'ap'-v-a* 'abhacken, abhauen' y svan *li-k'ap'-i* 'herausmeißeln, herauschneiden'. La posibilidad de préstamo en este caso es complicada, pero no menos que en el caso de georgiano *k'(a)l-* : svan *k'l-* 'carecer'.

Uno de los aspectos más novedosos del volumen, si no el único, es la propuesta de ampliación del inventario consonántico protocarvélico. En la tabla de las pp. 14-15 (=SS&HF p. 15) pueden observarse seis nuevas correspondencias fonéticas atribuidas a otros tantos nuevos fonemas. El uso de corchetes en los casos de **G*, **γ₁*, **x₁* y **ω*, cuyas características articulatorias HF define como «stimmhafter pharyngaler», «stimmhafter laryngaler Spirant», «stimmhafter prävelarer Spirant» y «stimmloser prävelarer Spirant» respectivamente, indica que en el diccionario dichos fonemas no poseen entrada individual, mientras que **f* y **L* (el primero es un fonema «laterale Spirant» y el segundo un «abruptive laterale Affrikate», HF, p. 20) sí que cuentan con una sección propia. Las correspondencias que justifican el postulado de todos estos nuevos fonemas son las siguientes [PC=protocarvélico, geor.mod.=georgiano moderno; es necesario tener en cuenta que en el original “-” equivale a “Ø” y que la ausencia de signo, en principio, significa ausencia de evidencia comparativa, lo que en nuestra tabla viene indicado mediante “—”]:

PC	geor. mod.	mingrelío	laz	svan
* <i>G</i>	γ	q'	—	q'
* <i>γ₁</i>	Ø	Ø	Ø	g
* <i>x₁</i>	Ø	Ø	Ø	h, Ø
* <i>ω</i>	Ø	Ø	Ø	γ
* <i>f</i>	s	Ø	Ø	l
* <i>L</i>	c'	č'	č'	h

La condición autónoma de algunos de los nuevos fonemas no-laterales es más que discutible. En svan *gānc'w* 'id' < PC **anc₁-i* 'elder' (según HF **γ₁anc₁-i*), la oclusiva sonora velar inicial podría ser una prótesis aparecida antes de la palatalización de la vocal (desde un punto de vista teórico las prótesis articulatoria-

mente descriptibles como labiales o velares se generan ante vocales no palatales). En el caso de **wes₁-* ‘llenar, estar lleno’ (según HF **γ₁wes₁-*), en georgiano *sa-vs-e* ‘voll’, mingrelío *e-pš-a* ‘id’ y laz *o-pš-a* ‘id’, pero svan *gweš-i* ‘id’, la labiovelar (aunque fricativa), también podría justificar dicho desarrollo, cf. español normativo *huevo* /^huebo/ > español coloquial /^guebo/ (Navarro Tomás 1996²⁶: 64). De hecho, formas secundarias como mingrelío *gopša* u otros resultados igualmente susceptibles de ser explicados como consecuencia de prótesis, p.ej. **wac₁-i* ‘Caucasian goat’ > georgiano *vac-i* ‘Ziegenbock’, mingrelío *oč-i* ‘id’, pero laz *boč-i* (también existe *oč-i* ‘id’ o svan *γwäš* (cfr. Gudjedjani y Palmaitis 1985: 268; HF, HF&SS y GK insisten en recoger **γwäš*, una forma inexistente que les obliga a reconstruir PC **wac₁-*, i.e. una raíz sin el sufijo nominal **-i*, precisamente el causante de la palatalización de la vocal radical /ä/ en svan), para el que HF propone una reconstrucción **[wac₁-i]*, confirman la hipótesis de una consonante protética ante vocales no palatales y /w/, idéntica a la descrita en polaco *ulica - hulica* ‘calle’ o más claramente en casos españoles como *hueso* /^huesol > /^guesol/, etc. La prótesis es un fenómeno fonológico muy frecuente que no debe adscribirse ni mucho menos a época protocarvética, sino que en principio y por precaución, ha de entenderse como un desarrollo propio de cada lengua. La variación en laz *boč-i - oč-i*, con **/w/ > /b/*, es una buena muestra de la inestabilidad evolutiva de las prótesis. Nótese además que en georgiano no aparece nunca.

En lo que respecta a los fonemas laterales fricativos **l* y **L*, más concretamente a sus correspondencias, existe una más que curiosa y casual semejanza con aquellas que Mary Haas discutiera hace ya más de cuatro décadas, en una de las cuestiones más peliagudas de la fonética histórica algonquina.

PA	<i>*θ</i>	<i>*hθ</i>
penobscot	<i>s-, -l-</i>	<i>hs, ss</i>
abenaki	<i>s-, -l-</i>	—
shawnee	<i>l</i>	<i>ʔ</i>
menomini	<i>n</i>	<i>hn</i>
micmac	<i>n-, -l-</i>	<i>č</i>
arapaho	<i>θ</i>	<i>s, x</i>
delaware	<i>l</i>	<i>x</i>
kickapoo	<i>n</i>	<i>θ</i>

(tabla extraída de Haas 1967: 825 [PA=protoalgonquino])

Si bien no es necesario postular para el carvético exactamente los mismos fonemas, i.e. **θ* y el grupo consonántico **hθ*, la casuística carvética no desentona demasiado en comparación con la algonquina: para **θ* la sibilante y la lateral están perfectamente documentadas en carvético, no así nasales o la propia fricativa dental, mientras que para **hθ* hay cierta verosimilitud en /č/ y /h/, una vez más sin testimonio directo del grupo consonántico como tal. La reconstrucción de un grupo consonántico sólo se podría justificar a partir de mingrelío-laz **nč*, georgiano *č*’- y svan *h*- ‘ir, llegar’ (para HF **L-*), con una evolución en mingrelío-laz y svano más o menos paralela a la que se registra en menomini o penobscot (/hs/ o /hn/), micmac (/č/) y delaware (/x/) respectivamente (señálese que en el caso carvético el método comparativo sólo permite reconstruir **nθ-*). La ausencia de este grupo consonántico **/nθ/* en el resto de reconstrucciones ofrecidas por HF para ejemplificar **L* podría deberse a contextos fonéticos incompatibles: en **Lam-* ‘mañana’, **Lunc-* ‘amontonar (estiercol)’ y **Lonc-* ‘vacilar, flaquear, oscilar’ hay una segunda nasal que habría provocado la simplificación del conjunto **nθ*, mientras que en **Lad-* ‘desear’, **Lod-* ‘alcanzar, ofrecer, dar’, **Leb-* ‘muérdago, cereza’ sólo cabe especular que una segunda oclusiva habría sido el detonante para descomponer el mismo grupo consonántico. Sólo **Lwer-* ‘ir (abajo), descender’ se resiste a ofrecer un contexto fonológico asequible para la desaparición o reducción del hipotético grupo **nθ*. Sea como fuere, la estructura silábica (proto)carvética prohíbe que los fonemas nasales ocupen el primer lugar en grupos consonántico iniciales. No hay motivo alguno para descartar la posibilidad de que el grupo consonántico **nθ* (y otros del tipo general **NC(C...)*-, aunque esto ya es especulación pura) se redujera sistemáticamente para cumplir dicha restricción (véase la implacable actuación de la ley de la sílaba abierta y de la sonoridad creciente entre las lenguas eslavas). Las limitaciones materiales y teóricas de esta propuesta son muchas y sólo se le concede un valor temporal y/o ejemplificante. Por ejemplo, casi todas las reconstrucciones útiles están basadas únicamente en material georgiano y svan. ¿Qué habría hecho Mary Haas si para PA **hθ* sólo hubiera contado con el testimonio kickapoo, delaware y micmac?

A modo de conclusión, HF presenta una versión muy personal del trabajo realizado antaño por él mismo y por SS. Bien podría pensarse que lo incluido en esta versión no habría sido del agrado

do de su colaborador y amigo georgiano-mingrelío Sardshweladse. Dejando a un lado lo sucinto del contenido novedoso, esta edición ha cuidado y corregido algunas erratas. Sin embargo, ni el valor de las nuevas líneas argumentativas ni la corrección de aquellas erratas justifican la publicación de este volumen. En la bibliografía, aparte de una puesta al día de los estudios publicados por Fähnrich, no se observa ningún tipo de actualización. Por ejemplo, los trabajos comparativos de Tuite son ignorados (i.a. Tuite 1998), pese a la importante contribución que suponen en el ámbito de la morfología y la sintaxis comparadas.

BIBLIOGRAFÍA

- FÄHNRIK, H. y S. SARDSHWELADSE, 1990, *kartvelur enata etimologiuri leksik'oni*, Tbilisi, Tbilisis Saxelmc'ipo Universit'et'is Gamomcemloba 1990 (trad. *Etymologisches Wörterbuch der Kartwel-Sprachen*, Leiden, E. J. Brill, 1995).
- GUDJEDJANI, Ch. y L. PALMAITIS, 1985, *Svan-English Dictionary*, Delmar, Caravan Books.
- HAAS, M.R., 1967, «Roger Williams's Sound Shift: A Study in Algonkian», en *To Honor Roman Jakobson*, The Hague, Mouton, pp. 816-32.
- KLIMOV, G.A., 1964, *Ėtimologičeskij slovar' kartvel'skix jazыkov*, Moskva, Nauka, 1964 (trad. *Etymological Dictionary of the Kartvelian Languages*, New York-Berlin, Mouton de Gruyter, 1998).
- NAVARRO TOMÁS, T., 1996²⁶, *Manual de pronunciación española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- TUITE, K., 1998, *Kartvelian Morphosyntax. Number agreement and morphosyntactic orientation in the South Caucasian languages*, München, Lincom Europa.

JOSÉ ANDRÉS ALONSO DE LA FUENTE
UCM/UPV-EHU

Kamil STACHOWSKI, 2008, *Names of Cereals in the Turkic Languages*. *Studia Turcologica Cracoviensia* 11, Kraków, Księgarnia Akademicka. 118 pp., mapas, 21 cm.

Ya casi cuando el intento (fallido) de análisis de la nomenclatura cereal en lenguas indoeuropeas acometido recientemente por otro especialista polaco (Witczak 2004, véanse las reseñas de Igartua 2005 y de Sowa 2007, la primera comedia, la segunda contundente) había sido ya casi olvidado, aparece otro libro de idéntica temática, esta vez dedicado a las lenguas túrquicas y en un tono diametralmente opuesto al de su homólogo indoeuropeo. De hecho, lo único que tienen en común un libro y otro es que ambos han sido producidos en Polonia.

El objetivo principal de este pequeño, pero como decimos importante, libro es en primer lugar el de catalogar y analizar las diferentes propuestas etimológicas que se han realizado hasta la fecha sobre la nomenclatura cereal en las lenguas túrquicas. Kamil Stachowski [=KS] ha circunscrito su trabajo a los siete tipos de cereal más importantes, dedicando a cada uno de ellas un capítulo monográfico, i.e. cebada (pp. 9-18), grano (pp. 19-32), mijo (pp. 33-48), avena (pp. 49-60), arroz (pp. 61-70), centeno (pp. 71-86) y trigo (pp. 87-101). Dichos capítulos están divididos a su vez en varios aparta-

dos: lista alfabética con las formas según su pronunciación, lista alfabética organizada según las lenguas a las que pertenecen, breve análisis y cronología del estudio etimológico realizado hasta la fecha, y comentarios. En este último apartado KS rechaza, completa, corrige y propone viejas y nuevas etimologías. En la introducción (pp. 7-8), que se divide en agradecimientos, explicación de la estructura de las entradas léxicas, transcripción de las diferentes lenguas estudiadas y agradecimientos, KS olvida mencionar que cada capítulo se inicia con una breve, pero útil, descripción historiográfica del cereal en cuestión, y se cierra con un mapa orientativo de la extensión que abarca el mismo. Las últimas páginas del libro están dedicadas a observaciones generales tras el análisis etimológico completo de todas las palabras implicadas (una estimación estadística de KS establece que de un total de 86, presentadas en 106 entradas, 67 etimologías son convincentes, 5 dudosas y 14 desconocidas), que incluye un listado con las estructuras, derivaciones y alteraciones semánticas más repetidas (pp. 103-5), las abreviaturas (p. 107) y un *index verborum* (pp. 117-8) que recoge únicamente palabras de origen no túrquico. El gran número de palabras túrquicas, así como la perfecta organización con las que aparecen citadas a lo largo del texto debería evitar que se echara en falta un índice con el material puramente túrquico.

Al margen de la claridad en la exposición y sencillez de lenguaje, uno de los aspectos más a destacar de este libro es sin duda la revisión etimológica de forma cronológica. En lo que respecta a la tradición indoeuropea, semejante disposición del material no se ha visto más que en contadísimas ocasiones, pese a que el volumen de material es mayor y más complicado, perdiéndose a menudo el contexto temporal de una y otra propuesta, detalle esencial p. ej. para resolver quién ha propuesto qué cosa en primer o último lugar. La utilidad de este proceder salta a la vista cuando KS aborda el análisis de etimologías túrquicas que llegan hasta el ámbito eslavo, territorio ya indoeuropeístico, p. ej. en la etimología de i.a. polaco *kukurydza* ‘maíz’ > turco *kokoroz / kukuruz* ‘íd.’ (p. 24: puesto que entre las lenguas eslavas existe una familia léxica muy extensa, en oposición a la rareza de la misma entre las lenguas túrquicas, KS propone que todo comienza con protoeslavo */kor-/ ‘doblar’, p.ej. en ruso *kokóra* ‘tronco’, polaco *krzywy* ‘curvo’, como préstamo en húngaro dialectal *kukora* ‘íd.’, *vid.* n 17-20; insinuaciones a la Hubschmid sobre substratos prerrománicos y materiales procedentes del «vasco antiguo» no deberían hacer perder el tiempo a KS). El intercambio de respuestas en foros académicos, sobre todo cuando tercian vocabularios especializados de este tipo, está a la orden del día, si no véase p.ej. el reciente intercambio entre Tatár (2002), Simon (2005) y Witczak (2006) sobre la etimología indoeuropea-euroasiática de ‘ajo’.

Los aspectos menos satisfactorios a comentar, bien pocos por cierto, quedan fuera de la esfera turcológica o no dependen en absoluto del buen hacer de KS. En este sentido, p.ej. la ausencia de español *maíz* [maíθ], i.e. la forma correcta del término (p. 19), se debe a que KS ha consultado Lokotsch (1926), autor parco en citas completas, que en este caso sólo hace acopio de registros medievales. Asimismo, llama la atención que para tatar *aryš*, otomano *erz*, yakuto *iris* o turco-mano *bürinč* (pp. 63-4, 65-66), no se comente que su procedencia última, como la del propio inglés *rice* o el español *arroz*, está en las denominaciones drávidas meridionales */(v)ar-i/ ‘arroz’ o */(v)ari-ki/ ‘arroz sin cáscara’ (DEDR [215], cf. tamil *ari* & *arici*, tuŕu *ari* & *akki*, también telugu *arise* ‘masa dulce hecha de arroz y harina’) o drávida meridional-central */variñci/ ‘arroz’ (DEDR [5265], cf. gōñđi *wanjī*, gadaba *vasil*), que algunos han querido extender también al ámbito elamita con *bar* ‘semilla’, o drávida (meridional) */um(-i)/ ‘cáscara’ (DEDR [637], cf. tamil *umi*, telugu dialectal *umaka*, *umuka*, *ūka*, kuŕux

uyk, mälto *umku* ‘íd.’) y queménida *umi* ‘grano’, todas y otras más en Southworth (1988: 659-60, véase i.a. Witzel (2006) para un análisis del vocabulario agrícola en Asia meridional). Los diferentes préstamos tuvieron que tener lugar cuando las lenguas drávidas involucradas ya habían comenzado a experimentar la palatalización de los grupos PD */ki/ (Zvelebil 1970: 117-9). Por otro lado, en ocasiones ocurre que hay interpretaciones en competencia, especialmente en lo que respecta a las apreciaciones sinológicas, p.ej. mandarín *sù* ‘(clase de) mijo’ < chino medio 粟 *sjowk* (pp. 13, 42) en vez de *sjwok* < chino antiguo */sok/ (i.a. Schuessler 2007: 483 «etymology is not clear»), que lejos de ser un *erratum*, no es más que el reflejo de diferentes posicionamientos sobre la fonética-fonología histórica china, uno el de Baxter (adoptado por KS) y otro el del propio Schuessler. Más allá de estos dilemas filológicos, la forma con asterisco **siok*⁴ (p. 42) tomada de la obra del sinólogo japonés Tōdō no es necesaria al ya estar documentada *siok* en chino han tardío. Igualmente, mucho podría añadirse sobre el valor de mandarín *mài* ‘trigo’ (p. 91) < chino medio & han tardío 麦 *mek* < chino antiguo */mrək/ (Schuessler 2007: 374), relacionado con tibetano clásico *bra-bo* ‘(clase de) trigo’ < prototibetanobirmaniano */m-rə(k)/ ‘íd.’ (Matissof 2003: 163 [protolobirmaniano */g-ral/ ‘*Fagopyrum esculentum*’ > lisu *gua21*]). KS sin embargo no está en lo cierto al suponer que chino medio *lái* ‘trigo’ corresponde a mandarín «*li4*», sino que continúa en 来 *lái* ‘trigo’, en repetidas ocasiones relacionada con 来 *lái* ‘venir’ < chino antiguo */C-rə(k)/ por etimología popular (Schuessler 2007: 342).

Entre las *desiderata* podrían mencionarse un análisis general a nivel túrquico de la terminología cereal y su importancia en el emplazamiento del *Urheimat* de la protolengua, aunque con seguridad no haya posibilidades de ofrecer un punto de ruptura como p.ej. el que supuso la discusión en Friedrich (1970) sobre la distribución de las formas históricas del dendrónimo protoindoeuropeo */b^herHg-/ ‘*abedul*’, la cual entre otras cosas introdujo la palinología (el estudio del movimiento de pólenes antiguos) como método de investigación en la búsqueda del *Urheimat* indoeuropeo. Igualmente interesante hubiera sido conocer el posicionamiento exacto de KS con respecto a la «cuestión altaica» (ahora denominada en algunos círculos «Transeuroasiática»), puesto que en ocasiones acepta vehementemente una posible etimología protoaltaica (p. 13, con respecto a ARPA), en cambio en otras duda incluso sobre la existencia de un vínculo

lo genético entre las lenguas asociadas a esta hipotética (macro)familia, i.e. túrquicas, mongólicas, tun-gúsicas, japonesicas y coreana (p. 56, con respecto a SÚLE). Sea como fuere, éste es un detalle secundario que en nada determina el objetivo del libro.

La lectura de este texto deja dos cosas bien claras: la primera es que el tema había sido ampliamente desatendido en los círculos turcológicos y que ya era hora de poner al día la inmensa bibliografía disponible. La otra es que KS controla y conoce perfectamente dicha bibliografía (todas las palabras utilizadas en el libro han sido extraídas una a una de repertorios lexicográficos especializados, i.e. diccionarios, vocabularios, etc., y no de obras colectivas o de carácter más o menos general, práctica ésta cada vez más común entre los indoeuropeístas), por lo que la labor ha sido llevada a cabo en perfectas condiciones. El resultado es un libro redondo: convincente en la exposición y definitivo en el tratamiento.

BIBLIOGRAFÍA

- DEDR = Burrow, Th. y M.B. Emeneau, 19842, *A Dravidian Etymological Dictionary*, Oxford, Clarendon Press.
- IGARTUA, I., 2005, «Reseña de Witczak (2004)», *Veleia* 22, pp. 275-9.
- FRIEDRICH, P., 1970, *Proto-Indo-European Trees. The Arbo-real System of a Prehistoric People*, Chicago / London, Chicago UPress.
- LOKOTSCH, K., 1926, *Etymologisches Wörterbuch der ameri-kanischen (indianischen) Wörter im Deutschen*, Heidelberg, Carl Winter.
- SCHUESSLER, A., 2007, *Etymological Dictionary of Old Chi-nese*, Honolulu, University of Hawai's Press.
- SIMON, Z., 2005, «Some Remarks on a Eurasian Ety-mology from an Indo-European Point of View», *Acta Orientalia Academiae Scientiarum Hungaricae* 58, 4, pp. 381-390.
- SOUTHWORTH, F., 1988, «Ancient economic plants of South Asia: linguistic archaeology and early agricul-ture», en M.A. Jazayeri y W. Winter (eds.), *Languages and Cultures. Studies in Honor of Edgar C. Polomé*, Berlin/New York, Mouton de Gruyter, pp. 659-68.
- SOWA, W., 2006, «The catcher in the rye?», *Studia Ety-mologica Cracoviensia* 11, pp. 193-205.
- TATÁR, M.M., 2002, «A Eurasian Etymology: *sarmysak* < **k'irmus*(V) / *kermus*(V) / **karmus*(V) 'garlic'», *Acta Orientalia Academiae Scientiarum Hungaricae* 55, 1-3, pp. 237-251.
- WITCZAK, K., 2004, *Indoeuropejskie nazwy zbóż*, Łódź, Wydawnictwo Uniwersytetu Łódzkiego.
- , 2006, «The Hittite name for 'garlic'», *Acta Ori-entalia Academiae Scientiarum Hungaricae* 59, 3, pp. 341-5.
- WITZEL, M. 2006, «South Asian Agricultural Vocabulary», en T. Osada (ed.), *Proceedings of the Pre-Symposium of RHIN and 7th ESCA Harvard-Kyoto Round Table*, Kyoto, Research Institute for Humanity and Nature (RHIN), pp. 96-120.
- ZVELEBIL, K., 1970, *Comparative Dravidian Phonology*, The Hague / Paris, Mouton.

JOSÉ ANDRÉS ALONSO DE LA FUENTE
UCM/UPV-EHU

Julián GALLEGO, *La democracia en tiempos de tra-gedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*, Universidad de Buenos Aires-Miño y Dávila, Buenos Aires, 2003, 625 pp.

«Todo historiador es hijo de su tiempo y, por mucho que pretenda evitar el vicio del presentismo, es evidente que, si vive preocupado por el modo en que las relaciones entre los seres humanos se desenvuelven ante su vista, éste constituirá necesariamente un impulso para plantearse a partir de ahí los caminos por los que aproximarse al pasado».

Tales son las palabras con las que el Profesor Domingo Plácido introduce a un amplio y denso es-

tudio sobre la política ateniense del siglo v a.C. de forma especialmente adecuada, pues dicho estudio inicia su primer capítulo con la siguiente afirmación: «La época actual es, entre otras cosas, un momento de crisis de la política» (pp. 25 y ss.).

Profesor de Historia Antigua Clásica en la Univer-sidad de Buenos Aires e Investigador del CONICET, Julián Gallego contempla la crisis actual de la polí-tica reflexionando sobre los orígenes de ésta última en la antigua Grecia o/y contempla el origen de la política a partir de la crisis actual de la política. Una crisis que se articularía indefectiblemente con el ago-tamiento del proceso revolucionario que supuso el marxismo, induciendo a «operar el relevo sintomá-tico de la política —revelo sin garantías— a condi-

ción de que sea capaz de inventar un recorrido eficaz para pensar esa tentativa».

Desde esta propuesta, JG aborda la problemática de «la invención de la política bajo su modo democrático», señalando que es, precisamente, el momento crítico atravesado por la política en nuestros días lo que permite reflexionar sobre su invención: «ante su ausencia, ante su falta, ante su inexistencia actual, entonces la posibilidad de inventarla».

Ahora bien, el proceso deconstructivo subyacente al problema teórico de «la invención», al estar desligado de cualquier planteamiento de praxis política, corre el riesgo de devenir un puro «tópico historiográfico»; cosa que en nada colaboraría con «la idea de refundar una política de emancipación» defendida por el autor, quien denuncia la crisis conjunta de la política y del marxismo precisando que «no se trata de sumarnos a la reacción antimarxista contemporánea sino de pensar en la posibilidad de refundar la hipótesis de una política de no-dominación, de la cual Marx ha sido el fundador».

Como indudablemente político puede, por tanto, identificarse el horizonte que preside la reflexión propuesta por JG sobre *La democracia en (unos) tiempos de tragedia* que son también los nuestros; reflexión a lo largo de la cual el autor demuestra un fluido manejo al tiempo de pensadores modernos y posmodernos —entre los que, *a priori*, destaca a L. Althusser, A. Badiou y S. Lazarus— y de los géneros literarios cuyo auge coincide con el de la *Demokratía*. El subtítulo *Asamblea ateniense y subjetividad política*, procura, por su parte, la clave de las tres grandes secciones en las que se divide este libro que revisa, como iremos viendo, los temas más trascendentes de la tradición helenística especializada en los momentos emergentes de la *Demokratía*, partiendo de la premisa de que «los discursos se colocan en una posición interior a la práctica democrática misma».

La primera de estas secciones, titulada *La asamblea ateniense y la invención de la democracia* (pp. 59-234), se centra en el análisis de la institución de la *ekklesia* durante un periodo crucial en el despliegue de la organización democrática: el transcurrido entre la célebre reforma realizada por Efialtes en el año 462 —acontecimiento éste que preside la parte del estudio que ahora referimos en tanto fundamento de la soberanía popular asamblearia— y la derrota de Atenas en el 404 que pone fin a la especificidad de su democracia. Núcleo central de la experiencia polí-

tica ateniense del periodo citado, la asamblea se estudia aquí como el marco de enfrentamientos en el que la comunidad, el *démos*, se constituye en sujeto político. Un enfoque cuya originalidad se revela plenamente al revisarse la noción de *aóristos arkhé* (poder indeterminado), con la que Aristóteles denunciaría el carácter conflictivo inherente a la asamblea democrática, confrontándola con conceptos modernos como el de «la voluntad general» firmado por J.-J. Rousseau, quien sitúa la acción colectiva en el centro de la política (pp. 199 ss.).

En cuanto a las dos secciones restantes, analizan por igual la temática de «la construcción de la verdad» en las producciones discursivas que suponen la Historia, la Sofística y la Tragedia. De estos tres géneros literarios, contemporáneos de la *demokratía* y directamente implicados en el procesamiento de esta singular experiencia política, JG selecciona a un reducido número de representantes: Heródoto, Padre de la *Historie*, los sofistas Protágoras, Gorgias y Antífonte y el poeta Esquilo, testigos de excepción del amanecer del Siglo de Oro ateniense, al tiempo que artífices del mismo. En términos de JG: «Esquilo, Heródoto y los sofistas, pensadores lúcidos de la democracia, configuraron en sus discursos las matrices de un pensamiento en interioridad de la política del *démos* en tanto sujeto de la experiencia radicalmente nueva operada durante la segunda mitad del siglo v» (p. 537).

La segunda parte, titulada *Historia y sofística: dos modos de construcción de la verdad política* (pp. 235-390), además de abordar temas de gran envergadura historiográfica —por ejemplo, el de la contraposición identidad/alteridad en Heródoto—, se centra en señalar tanto las relaciones específicas existentes entre la Historia y la Sofística nacientes con el contexto democrático que las genera, como las significativas coincidencias que se dan en los tipos de reflexión propuestos por estos dos géneros. Unas coincidencias que conducen, a su vez, a observaciones como las que revelan la dimensión eminentemente práctica asociada por la *demokratía* emergente a categorías —tan abstractas desde nuestra perspectiva— como las de Libertad y Verdad. Con respecto a la primera, JG afirmará: «En Heródoto, lo que hace de Atenas una tierra libre no es sólo la *políteia* o la *arkhé*, sino sobre todo las prácticas políticas por medio de las cuales se toman las decisiones, esto es, el *krátos* que ejerce el *démos*» (p. 307). En cuanto a la verdad —con minúscula siempre para diferen-

ciarla de la noción trascendente de la que el texto se distancia—, resulta reseñable, entre otras, la idea de que el discurso sofisticado «elabore un pensamiento activo acerca de la verdad de la apuesta política como verdad de la decisión de los ciudadanos en la asamblea» (p. 388).

La tercera y última parte del libro, que lleva por título *Héroe trágico y sujeto político: la democracia a través del teatro de Esquilo* (pp. 391-529), se gesta sobre la base de las dos obras de Esquilo más cercanas al año de Efiálfes: *Las Suplicantes* y *La Orestía*, estrenadas en el teatro de Dioniso en el 463 y en el 458 respectivamente. La acertada consideración del espectáculo trágico como fenómeno en el que coinciden las dimensiones política, discursiva y religiosa de la polis, orienta las reflexiones de JG en torno a cuestiones de similar trascendencia para los antiguos y modernos pensadores. Así, el tema de la utilización tiránica del poder o el de la dimensión persuasiva del discurso político, tan esencial como suscep-

tible de ocultar la verdad. Si bien, un hilo conductor prioritario en esta última sección del trabajo es la percepción del héroe trágico —en cuanto sujeto dividido entre dos leyes y responsable de sus decisiones— como metáfora del ciudadano democrático: «Al igual que el héroe, el espectador, en tanto ciudadano y hoplita, que decide reunido en asamblea y que, con su cuerpo, sostiene lo decidido en el campo de batalla, es responsable no solamente a causa de sus elecciones sino principalmente por poner su cuerpo en cada decisión».

En torno a los ejes aquí presentados se trama el análisis de la discursiva política creada por los antiguos helenos: cuestión historiográfica siempre viva que el lúcido discurso de JG contribuye, sin duda, a actualizar.

ANA IRIARTE
UPV/EHU

Sabina MAZZOLDI, *Cassandra, la vergine e l'indovina. Identità di un personaggio de Omero all'Ellenismo*, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa-Roma, 2001, 346 pp.

Resulta admirable la eficacia con la que Sabina Mazzoldi ha dedicado su tiempo de investigadora a uno de los mitos griegos más célebres y tratados por los especialistas modernos: el de la noble doncella troyana, víctima de la violencia sexual de Áyax y esclava de Agamenón, la cual mantuvo con Apolo una perversa relación de dependencia: por haber mentido al dios que tanto la deseaba, fue condenada por éste a que sus siempre verídicas predicciones sobre el pasado, el presente y el futuro fueran sistemáticamente consideradas como falsas.

Aceptando la indiscutible continuidad entre las condiciones de virgen y de profetisa encarnadas por Casandra, S.M. parte de la idea —controvertida entre los especialistas— de que esta hija de Príamo es una encarnación privilegiada de la mántica femenina. En adelante, el trabajo avanza al hilo de la cuestión de género, subrayando al tiempo la relación, conflictiva hasta el rechazo, que la joven establece con el ámbito de la virilidad y los rasgos que la acercan a dos destacadas divinidades femeninas del

panteón griego: la erótica Afrodita y la virginal Ateña.

El concienzudo desarrollo de este planteamiento en dos partes —la primera dedicada al estatus sexual de Casandra y la segunda, mucho más amplia, consagrada a su estatus profético—, permite a la autora interpretar la querencia de la maltratada, por excesivamente deseada, doncella troyana a sustraerse al universo del *gámos* como elección personal más que como testimonio de su consagración al servicio sacerdotal de Apolo.

Junto al acertado enfoque global del ensayo, es de destacar el riguroso apéndice dedicado al léxico mántico que, acompañado de puntuales referencias a las fuentes antiguas y de prácticos reenvíos al texto que reseñamos, da clara cuenta de la riqueza de matices que, desde Homero hasta la época helenística, va revistiendo el lenguaje atribuido por la tradición literaria a la adivina «errante col corpo e con la mente».

Asimismo, es de agradecer el acierto con el que se demuestra, en las notas a pie de página, una consulta exhaustiva de la amplia bibliografía recopilada; si bien cabe señalar algunas omisiones injustificables, como los trabajos de P.A. Brault (*Prophetess*

Doomed: Cassandre and the Representation of Truth, Michigan, 1990), de M. Goudot (*Cassandre*, Paris, 1999) o de U. Molinaro (*The Autobiography of Cassandra Princess and Prophetesse of Troy*, Lynnvillle, 1979).

En cuanto a las fuentes iconográficas, el índice elaborado —fundamentalmente a través del LIMC— resulta un tanto frustrante dada la escasez de láminas que el volumen permite contemplar. No obstante, la exigua selección de figuras proporciona la orientación imprescindible sobre los episodios de la leyenda privilegiados en el trabajo de S.M.; a saber, la *parthenía* de Casandra (representada en los brutales episodios que la muestran en el templo troyano de Atenea y en el reino de Clitemnestra) y su *manteía* (quizás excesivamente centrada en las fuentes etruscas que

ilustran el episodio, enigmático en la tradición literaria, del reconocimiento de Paris).

En definitiva, esta tesis doctoral, realizada en la Universidad de Urbino y justamente acogida en la colección *Filología e critica* que dirige Bruno Gentili, responde brillantemente a la necesidad de actualizar el estudio clásico de Juliette Davreux (Lieja, 1942) sobre la identidad de Casandra en el mundo antiguo. Lo que significa que *Cassandra, la vergine e l'indovina*, se impone como un texto de obligatoria consulta para todo aquel que pretenda acercarse, desde una perspectiva académica, a la al tiempo fascinante y pavorosa profetisa ideada por los antiguos griegos.

ANA IRIARTE
UPV/EHU

José Vicente BAÑULS, Maria do Céu FIALHO, Aurora LÓPEZ, Francesco DE MARTINO, Carmen MORENILLA, Andrés POCIÑA PÉREZ, Maria de Fátima SILVA (eds.), *O mito de Helena. De Tróia à actualidade*, Vol. I, Coimbra, Foggia, Granada, Valencia, 2007, 333 pp.

O mito de Helena. De Tróia à actualidade recoge las contribuciones que se presentaron dentro de un congreso organizado por el UI&D-Centro de Estudos Clássicos e Humanísticos de la Universidad de Coimbra, en el marco de desarrollo de un Proyecto de Investigación cuatrianual titulado «Génese e desenvolvimento da ideia de Europa-raízes de identidade». El libro está patrocinado por diversas instituciones portuguesas y en su publicación han intervenido varias universidades europeas: Coimbra, Foggia, Granada y Valencia.

En este primer volumen se recogen las contribuciones que tienen que ver con el mundo antiguo, a él le seguirá un segundo sobre el mito de Helena en época moderna. Creo que hay una acertada separación en divisiones como ésta, que responden no sólo a motivos cronológicos externos sino a una consideración de las diferencias que hay entre el mundo antiguo y el moderno: los poetas o escritores modernos traen a consideración cuestiones peculiares de su propio tiempo, distintas de las que tenían los autores antiguos. Antiguos y modernos, cada uno con sus poéticas propias.

Acertada es también la elección del tema dado el marco del proyecto en el que se inscribe. Se ha

elegido un mito, que en definitiva es una narración tradicional sobre las reglas de una cultura, que han de ser interpretadas desde fuera, y una figura, Helena, en cuya geografía mítica Grecia y Asia, o si se quiere, Occidente y Oriente juegan un papel fundamental.

En las contribuciones que tienen que ver con el tratamiento del mito en la literatura griega, se han recogido los lugares principales a considerar: la epopeya homérica, la lírica, Heródoto, la tragedia, Gorgias. Detrás de ellos están visiones diferentes de la figura de Helena, una que podríamos considerar tradicional, como la que nos aportan por ejemplo la *Iliada* y hasta cierto punto la poesía de Safo, y otra «revisada», como la que pueden ofrecer la *Odisea*, la *Palinodia* de Estesícoro, perdida por desgracia, la *Historia* de Heródoto y, por supuesto, la *Helena* de Eurípides, el único tratamiento del tema del *eidolon* en la Antigüedad que ha sobrevivido. Se podrían mencionar otros tratamientos de este mito en el periodo postclásico, como la *Alejandra* de Licofrón, de época helenística o el *Discurso sobre Troya* de Dión Crisóstomo, del período greco-romano, pero como tales obras alejandrinas son interesantes notas a pie de página de la historia de la *Palinodia* de Estesícoro. De manera que este choque entre visiones distintas de la figura de Helena propicia también el ejercicio de interpretación que su mito nos ofrece a nosotros, modernos en busca de un significado o un conjunto de significados en las obras de la Antigüedad.

Por lo que se refiere a la épica, la contribución de Frederico Lourenço, «Helena na Epopeya Homérica» (pp. 47-53), es un acercamiento a lo que parecen dos Helenas distintas, la de *Iliada*, donde Helena se muestra consciente del escándalo de su comportamiento en Troya, y la de *Odisea*, más compleja (y desculpabilizada), en sus apariciones en el canto IV y en el canto XV del poema, al final de la Telemaquía. Se trata de dos interesantes pasajes, que el autor ilumina con sus comentarios.

La aportación de Emilio Suárez de la Torre, «Helena, de la épica a la lírica griega arcaica (Safo, Alceo, Estesícoro)» (pp. 55-79), ofrece una visión del tratamiento de la figura de Helena en la lírica. Pero parte del condicionamiento que la épica (homérica y no-homérica, los *Cypría* y algunos fragmentos de poesía pseudo-hesíodica) presentaba. Los lugares elegidos por el autor son los fragmentos 16 y 23 Voigt de Safo, los fragmentos 283 y 42 (también de la edición de Voigt) de Alceo, y la revisión profunda a la que somete el mito de Helena el poeta coral Estesícoro. Se desprende de las interpretaciones del autor que Safo exonera a Helena sobre la base de que la belleza y el deseo que suscita son absolutos que están por encima de todas las consideraciones sociales y éticas, aunque no haga la poetisa ningún esfuerzo por revisar el mito homérico. Será Estesícoro, el poeta siciliano del s. VI a.C., el que someterá a una revisión radical esta tradición. Suárez de la Torre repasa las fuentes que citan o refieren la versión estésicorea (a añadir, Platón, *República* 586c, donde el filósofo —que debía de considerar la obra de Estesícoro filosóficamente interesante— asocia la persecución de falsos placeres con la guerra de Troya tal como la interpretó Estesícoro; sin duda, la ambigüedad ontológica de Helena era un tema de interés para las ambiciones intelectuales de la Grecia del s. V a.C., y la relación entre esencia y fenómenos una preocupación de filósofos y matemáticos), al tiempo que se hace eco de ciertas alternativas entre las que se ha movido la crítica moderna en la interpretación de estas referencias. Sus páginas revelan el excelente conocimiento que del tema tiene. Cierra la contribución un apéndice donde aparecen los textos citados, que resulta claramente útil.

De la revisión del mito de Helena llevada a cabo por Heródoto se ocupa Carmen Soares, «Rapto e Resgate de Helena nas *Histórias* de Heródoto» (pp. 81-88). Heródoto no menciona el *eidolon* de Helena en su obra. Nos cuenta la que, según él, era una versión oída a los sacerdotes egipcios del san-

tuario del faraón en Menfis. Helena, raptada por Paris, había sido detenida en Egipto, pero el faraón, al descubrir el crimen de Paris, retuvo a Helena e hizo seguir camino hasta Troya al raptor, desprovisto de su trofeo. La historia de la guerra de Troya que Heródoto atribuye a los sacerdotes egipcios suscita cuestiones sobre el uso que el historiador hace (o sobre su invención) de fuentes extranjeras y su actitud hacia el mito, la historia y la religión. Carmen Soares presta especial atención al capítulo de introducción del episodio (el 112) —justificación formal para la inclusión del «rapto e rescate de Helena»— y al de cierre (el 120), donde está contenida la explicación de su significado moral, en una acertada valoración del significado que los elementos enmarcadores proporcionan a lo observado. Para la autora, Heródoto aborda en el relato una institución que estructuraba el sistema de valores de las épocas arcaica y clásica en Grecia, la de la hospitalidad. Su dibujo de Helena no deja de ser el de una figura secundaria en una historia dirigida por hombres, y son los mayores defectos y virtudes de estos los que contribuye a mostrar Heródoto a través de este relato sobre Helena.

Cuatro son las contribuciones que se refieren al tratamiento de la figura de Helena en la tragedia. La de José Vicente Bañuls & Patricia Crespo, «*Helénis Apaitesis* de Sófocles» (pp. 105-163), se esfuerza en rastrear entre testimonios y fragmentos del trágico la presencia de una temática relacionada con la figura de Helena o en la que ésta aparece como personaje. El trabajo, extenso y pormenorizado, incide en cuestiones de interpretación política, al relacionar las obras sobre las que se centra con circunstancias políticas de su tiempo, como los propios autores señalan en el resumen que abre el trabajo.

Por su parte, Maria do Céu Fialho, «O Leito e a Guerra - Sedução e Sofrimento em *as Troianas* de Eurípides» (pp. 165-177), se ocupa de una de las tragedias en las que la aparición de Helena resulta más desconcertante, *Troyanas*. En esta obra, Eurípides, además de subrayar los cargos tradicionalmente adscritos a ella, la hace portavoz de una retórica contemporánea, experta en manipular argumentos. El recorrido que efectúa la autora por *Troyanas* incide en cuestiones interpretativas significativas, como son las derivadas de una visión abierta de ciertas polaridades (griego/bárbaro, *philos/echthros*, libertad/esclavitud), y el sentido que dar a instituciones como el culto a los dioses o la propia definición de casamiento. Por otro lado, la subversión semántica que se ob-

serva en *Troyanas* es estudiada a través del análisis de motivos y términos significativos, que contribuyen a enriquecer la lectura de esta tragedia.

De la *Helena* de Eurípides se ocupa Carmen Morenilla, «La *Helena* de Eurípides» (pp. 179-203). Como señala la propia autora, estamos ante una tragedia novedosa por sus innovaciones, formales y de contenido, a través de las cuales el poeta estaría entablando una especie de polémica con sus predecesores en el tratamiento del mito de Helena (con sus versiones tanto tradicionales como «revisadas»). La autora defiende que esta polémica ha de ser interpretada como una reflexión del autor sobre la responsabilidad del poeta respecto a lo que compone y sus consecuencias. Sobre este fondo y el que le proporciona la discusión de algunas de las interpretaciones recientes que esta tragedia ha recibido, Carmen Morenilla postula las implicaciones sociopolíticas que la obra debía de tener y hace un repaso de algunas de las cuestiones importantes que la lectura de la *Helena* de Eurípides suscita. Que las dificultades interpretativas que la obra ofrece no son solo modernas sino que se dieron ya en la Antigüedad, creemos que puede deducirse también de la huella que éstas han dejado en los manuscritos, en ese final dañado del *stasimon* segundo de esta tragedia, el Himno a Deméter, donde una falta o error en relación con el culto de la diosa parecen exonerar a Helena de una culpabilidad épica, pero no de cierto error que una vez perdonado la permite volver al círculo radiante de la Gran Madre. Una Helena libre de toda culpa debía de representar una fuerte contradicción para muchos, entre ellos, el interpolador del texto.

En cuanto al cuarto trabajo sobre la figura de esta heroína en la tragedia, está a cargo de Andrea Seiça, «A Figura de Helena no *Orestes* de Eurípides-Convencão ou Inovação?» (pp. 205-212), que se ocupa de analizar la ambigüedad que rodea al personaje de Helena en *Orestes*. Aquí, la visión que de Helena nos ofrece Eurípides es la de la tradición épica, y, sin embargo, al final de la obra, la hace sujeto de una salvación divina por parte de Apolo, que la eleva al Éter desde donde podrá participar con sus hermanos, los Dióscuros, de la protección de los navegantes. Un contraste que produce cierta perplejidad.

Un carácter más transversal tienen los trabajos de Maria de Fátima Sousa e Silva, «Helena, um exemplo de Futilidade Femenina e de Snobismo

Bárbaro» (pp. 89-103) y de Francesco de Martino, «Elena Ab Ovo» (pp. 5-45). La primera ilustra bien un retrato de Helena donde se acentúan los rasgos que la caracterizan como una mujer próxima a un mundo de relajamiento de las costumbres propias de los héroes griegos de antaño. Los rasgos del tratamiento del mito de Helena que la autora elige expresan un conflicto, vivo en todo el s. V a.C., que resulta de los contactos con el bárbaro (el no-griego), y que la tragedia va a traer a primer plano. Y aunque Maria de Fátima Sousa e Silva se ocupa sobre todo de este género literario para ofrecernos una pintura de los rasgos de Helena que quiere destacar, sus referencias a la épica, a Homero, resultan fructíferas.

Francesco de Martino, por su parte, recorre una serie de lugares relacionados con el mito del nacimiento de Helena, iluminándolos con sus comentarios y sus interpretaciones. «Prodigiosa fue mi vida desde el comienzo», dice Helena en el prólogo de la tragedia homónima de Eurípides. Y en efecto, salida de un huevo que puso Leda como resultado de su unión con Zeus, convertido en cisne, Helena tiene dos padres, Zeus y Tindáreo, pero también dos madres, Leda y Némesis en la versión más antigua de los Cantos Ciprios, de Safo o de la *Némesis* de Cratino (probablemente de 431 a.C.), la única de las tres comedias con este título de la que nos ha quedado algún fragmento. El huevo tiene significados simbólicos muy distintos. Francesco de Martino hace gala de una rica documentación en la interpretación que hace de los mismos y acompaña su trabajo con una serie de ilustraciones que confirman la pertinencia de los *topoi* seleccionados. El trabajo, con su prospección en lo iconográfico, contribuye así a un enriquecimiento de la interpretación del mito de Helena en las fuentes literarias.

Habría que comentar, finalmente, de la parte griega, la contribución de Antonio López Eire (†), «Un Mito en la Retórica de Gorgias» (pp. 213-253). El discurso de Helena en el *agon* de *Troyanas* de Eurípides suele traer a colación su relación con el *Encomio de Helena*, el discurso demostrativo de Gorgias. Y ello, aunque los argumentos que utiliza Gorgias (la fuerza del *logos*, el rapto por la fuerza, el amor) no son los mismos que los que aparecen en Eurípides salvo en lo que se refiere a la influencia de los dioses y la parte jugada por Afrodita. La contribución de López Eire repasa las principales disyuntivas en el tratamiento de la figura de Helena proyectán-

dolas sobre el significado del mito como ficción y sobre el valor simbólico del lenguaje. El interés del autor es subrayar el modo en que el lenguaje literario opera a la hora de construir su realidad y la manera en que lo entendió Gorgias. De ahí que su tratamiento del famoso *Encomio de Helena* de Gorgias constituya una aportación valiosa por su enfoque, en cuanto que pone en relación la poética gorgiana y preplatónica así como ciertas nociones platónicas y aristotélicas sobre el lenguaje y la ficción poética, con formulaciones modernas sobre estas cuestiones.

A la «historia» del mito de Helena en la literatura griega, tratada desde perspectivas distintas pero complementarias, le siguen las que tienen que ver con su presencia en la literatura latina. Acertado es, sin duda, el que se empiece con una aportación de alcance, que intenta mostrar su tratamiento en autores distintos de la épica latina, «Helena en la Poesía Épica Romana» (pp. 255-271), a cargo de Aurora López. Pero también el que las aproximaciones sean variadas en el enfoque con que se abordan: un estudio intratextual en el caso de la poesía de Ovidio («Ausência, Sedução e Engano: Helena e Páris, ao Serviço da Pedagogia Ovidiana do Amor», de Carlos Ascenso André, pp. 283-298), más narratológico en el caso de Virgilio («Helena na *Eneida* de Virgílio: As Contradições de um Mito», de Cláudia A. Afonso Teixeira, pp. 273-281). Como en el caso de la parte griega, el alcance y la diversidad de enfoques da variedad y enriquece el conjunto.

La contribución de Aurora López se presenta como un anticipo de un trabajo más amplio —un libro— sobre la figura de Helena en la poesía latina. En la que aparece en esta publicación, los autores considerados son Lucrecio (*De rerum natura*), Virgilio (*Aeneis*), Ovidio (*Metamorphoses*), Lucano (*Farsalia*), Silio Itálico (*Punica*) y Estacio (*Aquileida*). Las conclusiones que cierran el trabajo ofrecen una variada ilustración de las distintas perspectivas bajo las que puede considerarse el tratamiento de esta figura y los tópicos que la acompañan en la épica latina, revelando los poetas latinos una cultura de género al utilizarlos en contextos nuevos (con el caso claro de Lucrecio a la cabeza).

En cuanto a la contribución de Cláudia A. Afonso Teixeira, los pasajes sobre los que se detiene son

En. 2.602 y *En.* 6.511-530. Considerados no aisladamente, sino en el contexto propio de los segmentos narrativos en que aparecen, los episodios de Helena contenidos en estos pasajes, lejos de revelar una contradicción en el papel desempeñado por la heroína en la guerra de Troya, integran programas narrativos más extensos, constituidos en ambos casos por los dos ciclos de encuentros mantenidos por Eneas en el curso de su periplo por Troya y por el mundo inferior. La interpretación de la autora pone de manifiesto el conflicto que, en la épica virgiliana, determina el equilibrio, siempre precario, que se establece entre misión y plano humano, entre colectivo e individual, entre la voz de los dioses y la voz de los hombres.

Por su parte, Carlos Ascenso André nos ofrece en su trabajo una lectura intertextual de las *Heroides* 16 y 17 de Ovidio (las epístolas de Paris a Helena y de Helena a Paris, respectivamente), que revela la estrategia consistente que subyace a la poesía amorosa de Ovidio (presente también en *Amores* y en *Ars amatoria*), la concepción lúdica del amor y la primacía de la seducción y del engaño.

A éstas vienen a añadirse un par de contribuciones más, una de índole comparatista, interesante porque enriquece el conjunto, mostrando lo que de universal tienen los esquemas que subyacen al mito, como la de Nuno Somões Rodrigues sobre la Biblia, «O Tema de Helena de Tróia na *Bíblia*» (pp. 319-331), que incide en la historia de Dina, tal como es contada en el capítulo 34 del libro del *Génesis*; otra, la de Santiago López Moreda, «Racionalización del mito en las tragedias» (pp. 299-317), sobre la vigencia de los clásicos.

La continuación del trabajo para abarcar el tratamiento de este mito o de los temas que a él subyacen en época moderna, anunciada para un segundo volumen, enriquecerá sin duda la perspectiva de este libro. Pero, ésta, a mi entender, y por lo que se refiere a la Antigüedad, es amplia, rica y valiosa: contiene los lugares principales que había que contemplar y está hecha desde puntos de vista distintos pero que se complementan.

MILAGROS QUIJADA SAGREDO
UPV/EHU

P. KRUSCHWITZ, W.-W. EHLERS, F. FELGENTREU (eds.), *Terentius Poeta*. München: C. H. Beck, *Zetemata* 127, 2007. Pp. xii, 232.

El número 127 de la serie *Zetemata* está una vez más dedicado a Terencio. La serie, que desde 1968 viene ofreciendo monografías acerca de diferentes aspectos de la Antigüedad clásica, ya ha consagrado algunos de sus números anteriores a contrastes con los modelos griegos de cuatro de las comedias de este autor latino (de *Phormio* en el n.º 74, 1978; de *Heautontimorumenos* en el n.º 91, 1994; de *Hecyra* en n.º 101, 1999 y de *Eunuchus* en el n.º 117, 2003), todos ellos a cargo de E. Lefèvre, pero en esta ocasión presenta a Terencio como un poeta con entidad propia, lejos de la figura de epígono de los cómicos griegos.

El objetivo de los editores de este número es, en ese sentido, ofrecer una visión conjunta de los principales aspectos en los que es posible percibir la labor autónoma del autor —por un lado, la métrica y la música, por otro, la lengua y, por último, la dramaturgia y la estética—, ámbitos cuyo estudio parte, a la fuerza, del conocimiento del momento acerca del texto de Terencio; de ahí que el presente volumen lo abra un grupo de artículos dedicados a la historia del texto y de la recepción, aspectos, tal y como los propios editores señalan, «die allem anderen vorangehen müssen» (p. viii). Por lo tanto, este número —documento escrito de unas jornadas llevadas a cabo en la Freie Universität de Berlín los días 24-26 de junio de 2005— consta de una colección de catorce artículos de especialistas, dedicados a los cuatro aspectos señalados dentro de los estudios terencianos. Mostramos a continuación, puesto que consideramos puede orientar al lector, una breve lista con el título y autores de cada una de las contribuciones que podemos encontrar en el libro:

- I. Historia del texto y de la tradición: (1) B. Victor, «New Manuscript Sources of the Terence-Text», (2) R. Maltby, «Donat über die Streifelemente in Terenz' Phormio», (3) C. Villa, «Commenti medioevali di Terenzio» y (4) R. Jakobi, «Das commentum Brunianum».
- II. Métrica y música: (1) M. Deufert, «Terenz und die alateinische Verkunst: Ein Beitrag zur Technik des Enjambements in der Neuen Komödie», (2) R. Raffaelli, «Die metrische Präsentation des Terenztextes in der An-

tike: der Codex Bezae Cantabrigiae» y (3) T.J. Moore, «Terence as Musical Innovator».

- III. Lengua: (1) R. Müller, «*Pura oratio* und *puri sermonis amator*: Zu zwei Begriffsklappen der Terenz-Forschung», (2) A. Bagordo, «Langversstil und Senarstil bei Terenz» y (3) R. Maltby, «The Distribution of Imagery by Plays and Characters in Terence».
- IV. Dramaturgia y estética: (1) O. Knorr, «Metatheatrical Humor in the Comedies of Terence», (2) P.G. McC. Brown, «Movements of characters and pace of action in Terence's plays», (3) E. Lefèvre, «Die Inszenierung des Zweikampfs zwischen Simo und Davos in Terenz' Andria» y (4) D. Gilula, «Stage Business and Narrative: Plot Construction in Terence».

Es posible que, junto a los que se incluyen en el libro, el lector eche de menos otros ámbitos relativos al estudio de la obra del «Terentius poeta» (fuentes, etc.); en efecto, como suele decirse, «no están todos los que son» pero es innegable, por el contrario, que los artículos que el libro nos ofrece responden a aspectos centrales de la producción literaria de este poeta. Por tanto, satisface y, lo que no es menos importante, aúna a especialistas interesados por la obra de ese autor latino dedicados al estudio de cuestiones, dentro de su obra, diversas.

El hecho de constituir una colección de temas que, aunque relacionados, sean, a su vez, tan variados parece obligarnos a eludir aquí un repaso exhaustivo del contenido de cada una de las ponencias. En efecto, como ocurre en las colecciones de este tipo, este volumen merecería tantas valoraciones como voces tiene y, en cualquier caso, para quien quisiera conocer brevemente los aspectos centrales de cada una de las contribuciones, lo más apropiado sería remitir al lector a la introducción del propio libro, en la que, entre otras cuestiones, se ofrece una sucinta explicación del contenido de los diferentes artículos. No obstante, si éstos se observan en su conjunto, sí que es posible percibir un hecho común a lo largo de todo el libro: la exposición de cuestiones que ofrecen continuidad a temas ya analizados en publicaciones previas y a conclusiones ya alcanzadas en estudios precedentes.

Ese hecho caracteriza, por ejemplo, a algunos de los artículos relativos a la historia del texto y de la tradición, los cuales, debido a la centralidad de este aspecto en el seno de los estudios terencianos y

coercidos por la necesidad de brevedad, nos limitaremos aquí a señalar. Por lo que se refiere a la historia del texto, Victor incide en las carencias de las ediciones del texto de Terencio a día de hoy disponibles y en la necesidad de cotejar no sólo muchos de los mss. (incluso los relativamente tardíos) que aún no han sido utilizados en dichas ediciones, sino también de los que fueron utilizados por Umpfenbach en su edición (1870-1874) y que, desde entonces, no han sido sometidos a nuevos cotejos por parte de los editores posteriores. Por otro lado, Victor muestra mediante ejemplos concretos que, junto a los pocos mss. de origen no francés que constituyen lo que él denomina como «the traditional manuscript base»¹, las lecciones de ciertos mss. de origen italiano y alemán deberían también ser tenidas en cuenta en las ediciones del texto de las comedias de Terencio, entre ellos, el ms. París, BNF lat. 7900A o el Viena, ÖNB lat. 85, dos mss. cuya importancia, tanto en lo que hace al texto como a las glosas, ya ha sido puesta de manifiesto en otros estudios². En ese sentido y como es bien sabido, tampoco es nueva la proclamación de la necesidad de rehacer el *stemma* de la tradición del texto terenciano desde sus bases.

En cuanto a la historia de la tradición, Villa hace un repaso a los *accessus* (incluidas las *vitae* de Terencio y las *laudationes* del s. xv) y a los comentarios medievales a las comedias terencianas que han llegado hasta nosotros, a saber, los *Commentum Brunsonianum* y *Monacense*, los comentarios *recentiores*, los de Giacomino Robazzi, Pietro da Moglio y Laurent de Premierfait y, por último, el *Iungitis mihi*. En relación a todos ellos, subraya las dificultades que las múltiples reutilizaciones del material exegético existente en la Edad Media en torno a las comedias de este autor latino imponen a todo intento de publicación de los comentarios terencianos y da, a su vez, continuidad a cuestiones ampliamente descritas previamente tanto por ella misma (sobre todo, 1984) como, en el caso de uno de los comentarios, el *Com-*

mentum Brunsonianum, por Riou (1973³), autor al que ella misma remite en relación a ese comentario (p. 30).

También Jakobi, en un intento por avanzar en la intrincada historia de los comentarios medievales a Terencio, se centra en el denominado *Commentum Brunsonianum* y, a partir del estudio de las fuentes del *accessus* del comentario y de algunas de las glosas del mismo, sitúa su origen en Francia, en una fecha anterior al año 825, sin reparar, no obstante, en la posibilidad, ya advertida por Rand (1909⁴), de que las posibles fuentes de ciertas glosas del comentario podrían tratarse de citas de segunda mano. En cualquier caso, para su análisis Jakobi sí que recurre a otros estudios anteriores, en concreto a dos ediciones, puesto que en su análisis parte, para el estudio del *accessus*, de la edición de Riou (1973) y, para el de las glosas, de la del ms. cuyo contenido fue editado por Bruns (1811⁵). Por lo que respecta a los estudios de Riou, ya hemos mencionado que Villa remitía a ellos en relación al *Commentum Brunsonianum*, aunque cabe señalar que Jakobi, por el contrario, no comparte la descripción del *Commentum Brunsonianum* sugerida por Riou (1973): «Riou postuliert als ursprüngliche Fassung ein von ihm selbst gegen alle Erfahrung konstruiertes Ideal aus Vita, Einführung und Marginalglossen in lemmatisierter Form, eine Fassung, die nur in drei Hss. findet» (p. 38). Esta idea más o menos contrapuesta, al menos por parte de Riou y de Jakobi, en torno al comentario nos proporciona una buena muestra del embrollo que impera todavía en los estudios acerca de la historia de la tradición de Terencio, el cual, tal y como ha sido señalado en relación al artículo de Victor, afecta también al campo de la historia del propio texto.

En cuanto a la labor de los editores, cabe agradecer el índice dispuesto al final del libro en relación a los pasajes, no sólo de las comedias de Terencio sino también de otros autores, tratados en los diferentes artículos. En este sentido, habida

¹ El canon «tradicional» de mss. que menciona Victor (ACYPDP̄EFGLV̄η̄be) corresponde *grosso modo*, a excepción de Ybe, al conjunto de mss. utilizados en la edición de Oxford por R. Kauer - W. M. Lindsay en 1926; de esta edición quedan sin mencionar por Victor sólo Vλαπ.

² Cf. por ejemplo, Villa, C., *La «Lectura Terentii». I. Da Ildemaro a Francesco Petrarca*, Antenore, Padua 1984 o Grant, J. N., «Contamination in the Mixed MSS of Terence: a Partial Solution?», TAPA 105 (1975), 124-153.

³ Riou, Y.-F., «Essai sur la tradition manuscrite du *Commentum Brunsonianum* des Comédies de Térence», *RHT* 3 (1973), 79-113.

⁴ Rand, E.K., «Early mediaeval commentaries on Terence», *CPh* 4 (1909), 359-389.

⁵ Bruns, P. I. (ed.), *Terentii Afri comoediae sex. Textum ad fidem codicis Halensis antiquissimi, criticis nondum cognitii*, La Haya 1811.

cuenta de la importancia de la tradición manuscrita en el desarrollo del conjunto de estudios, es preciso apuntar que la inclusión en el libro de un índice de mss. no habría sido en absoluto motivo de desprecio sino, muy por el contrario, de gratificación. Con todo, se trata de un volumen que en el amplio campo de los estudios acerca de Terencio concentra en sí gran interés; la proporción en la que cada uno de los artículos suponen un avance para los cuatro campos de investigación en base a los cuales está estructurado el libro varía según

cada caso pero todos ellos constituyen una herramienta útil de cara al estudio de la obra de Terencio. Y es que, en un ámbito que avanza despacio, la exposición del estado en el que se encuentra un determinado campo de estudio, la definición de sus objetivos y la aportación de nuevas ideas, den éstas continuidad o entren en conflicto con tesis previas, lejos de ser superfluas, resultan, además de valiosas, necesarias.

ENARA SAN JUAN

ESTRABÓN, *Geografía de Iberia*. GÓMEZ ESPELOSÍN, J. (trad.); CRUZ ANDREOTTI, G., GARCÍA QUINTELA, M.V. y GÓMEZ ESPELOSÍN, J. (presen., not., coment.), Alianza Editorial, Madrid, 2006. [ISBN 978-84-206-6172-8].

Dentro de la colección Clásicos de Grecia y Roma, Alianza Editorial publica un nuevo, concienzudo y exhaustivo análisis de la *Geografía de Iberia* de Estrabón. A pesar de que no es la primera traducción al castellano del libro III del archicommentado geógrafo, y tampoco será la última, estamos, sin duda, ante un libro cuya publicación no pasará desapercibida, ya que a la excelente traducción del Prof. Gómez Espelosín, basada en la nueva edición del manuscrito griego por Stefan Radt, se une un completísimo corpus de notas y comentarios a cargo de los Profs. Cruz Andreotti, García Quintela y el propio Gómez Espelosín. Dicho corpus constituye por sí mismo un excelente repaso a la importancia de la obra de Estrabón para la comprensión, ya no sólo de la Península Ibérica en la Antigüedad sino, también, de la historiografía que sobre el particular ha ido creciendo a un ritmo imparable desde el s. XIX. Es en el aparato crítico, por tanto, donde encontramos la aportación más interesante de esta nueva reedición de la *Iberia* de Estrabón, sin menoscabo, huelga decirlo, de la calidad de la traducción, que introduce en su proceso discursivo las últimas novedades científicas en cuanto a la historia y arqueología de la Península Ibérica y de la propia obra de Estrabón se refiere.

Según los mismos autores declaran en la Presentación, los objetivos prioritarios de esta reedición son alcanzar un mejor y más fácil acceso a la comprensión interna del texto y un encuadre contextual más preciso tanto de la obra en cuanto analizada por las

nuevas tendencias de la historia geográfica como en cuanto nutrida de las últimas investigaciones respecto a la arqueología e historia de la Península Ibérica. Para lograrlo precisaban de un esquema directo y explicativo en su complejidad que se estructura a través de varios apartados.

En primer lugar, un análisis de la obra conjunta de Estrabón visto desde tres puntos de vista diferentes: el histórico-literario (el capítulo «Estrabón y su obra», a cargo de Gómez Espelosín), el geográfico («Estrabón y la tradición geográfica» de Gonzalo Cruz Andreotti) y el etnográfico («Estrabón y la etnografía de Iberia» por Marcos García Quintela), los tres irremisiblemente unidos en la obra de Estrabón y, debido a su complejidad y densidad de matices, estudiados por separado por el común de la historiografía sobre el tema, sin que ello implique una descontextualización, ya que las conclusiones de todas estas aproximaciones se entrelazan con acierto en muchos de los análisis sobre ellas, como demuestra el libro del que ahora nos ocupamos.

En segundo lugar, un análisis preciso de los celtas en el pensamiento estraboniano, que incluye una explicación general sobre la toponimia y la etnonimia del área llamada indoeuropea de la Península Ibérica («Estrabón y los celtas de Iberia» del Dr. García Quintela).

En tercer lugar, la traducción y sus correspondientes notas informativas, explicativas y discursivas, cuajadas de información sobre todos los aspectos de los que se ocupa Estrabón al hablar de Iberia. Es una traducción respetuosa y académica pero hábilmente adaptada al castellano, aparte de plena de información adicional que permite una lectura no sólo ex-

plicativa, sino profundamente comprensiva, del texto original.

En cuarto lugar, un glosario de nombres propios y gentilicios que abunda en accidentes geográficos, personajes míticos o históricos, autores antiguos, referencias etnográficas o toponímicas, etc, intercalado con una oportuna bibliografía. Este glosario resulta útil no sólo para facilitar la comprensión del texto a los lectores interesados pero no expertos, sino que también constituye un buen ejercicio de referencia para todos aquellos profesionales que se acerquen a la obra de Estrabón con ánimo científico.

Por último, los autores presentan dos apéndices. Uno, cartográfico, está compuesto por mapas variados que muestran la evolución del concepto del mundo, en general, y de Iberia, en particular, hasta llegar a Estrabón; el otro, bibliográfico, ofrece una visión amplia y detallada de los estudios estrabonianos, las aproximaciones geográficas y etnográficas al estudio de la Antigüedad, las transformaciones de la Península Ibérica, la construcción del pensamiento geográfico en la Antigüedad y su desarrollo historiográfico, etc.

El Prof. Gómez Espelósín plantea en «Estrabón y su obra» cómo el libro III, lejos de ser un simple compendio descriptivo, constituye un análisis profundo de multitud de realidades histórico-geográficas (clima, territorio, paisaje, etnonimia...) que muestra la evolución de la Península Ibérica desde el Extremo Occidente, sumido en la barbarie según los parámetros de lo que la cultura greco-romana consideraba civilización, hasta constituirse en parte integrante del Imperio y, por lo tanto, de un status cultural y político del que antes no había gozado y que transforma irremediamente las realidades sociales peninsulares.

A pesar de que su obra pasó bastante desapercibida en el mundo antiguo, el medieval la recuperó con fuerza, y más aún el s. XIX, convirtiéndose a Estrabón en uno de los referentes intelectuales de la ciencia geográfica. Es cierto que Estrabón nunca visitó la Península Ibérica, como es posible que tampoco lo hiciera con otras zonas del Imperio, como la misma Atenas, pero utiliza con soltura y juicio crítico a aquellos geógrafos anteriores que le ofrecen información sobre la zona, especialmente a Polibio y Posidonio, Artemidoro y Asclepiades, por los que siente un respeto intelectual que reitera con frecuencia y que se encuadra en un profun-

do helenismo que juzga a la cultura romana como inferior a la griega, a pesar de la absoluta conciencia del papel rector de Roma en el mundo conocido. Su *Geografía* tiene una marcada conciencia de utilidad, de puesta de los conocimientos geográficos al servicio de Roma para la mejor gestión y ordenación territorial y administrativa, pero también intenta llegar a un público culto griego que necesitaba referentes claros sobre su nueva condición de súbditos en un mundo cuyas fronteras se habían distendido más allá de lo que se consideraba deseable e, incluso, posible.

Como expone el Prof. Cruz Andreotti («Estrabón y la tradición geográfica»), el concepto de Geografía que maneja Estrabón va más allá de la catalogación de elementos fiables a la hora de diseñar mapas, puesto que introduce, aparte de lo meramente cartográfico, discusiones corográficas, etnográficas, históricas e incluso filosóficas, convirtiendo a su obra en una ambiciosa síntesis del conocimiento entendida de un modo casi enciclopédico, algo especialmente visible en su libro sobre Iberia, ya que, siendo una zona muy mal conocida con anterioridad, se centra en sus mapas étnicos, más que en sus formaciones físicas, para describirla. Los nuevos intereses geográficos de los que se imbuirá Estrabón son adelantados por Hecateo de Mileto: las descripciones costeras ya no son suficientes, las nuevas tendencias geográficas, más racionales, intentan trazar distribuciones coherentes de los elementos que conforman la ecumene. La Geografía adquiere una vocación universal y un espíritu «científico» que ya no perderá nunca y al que Heródoto añade otro elemento muy importante: la definición del espacio histórico. Ahora bien, los cambios trascendentales de la disciplina se producen en el s. IV, cuando los procesos sociales han desbordado por completo los estrechos límites de un mundo que ha crecido demasiado y que exige nuevas formas de analizarlo. Eratóstenes es la figura que mejor representa esta nueva etapa en la que los estudiosos se preocupan por la definición y la utilidad de la Geografía, cuya base empírica y matemática y su afán por explicar todos los fenómenos físicos le otorgan nuevas características. La Geografía y la Historia estarán ya irremisiblemente unidas porque ambas en conjunción son necesarias para entender una época en la que los imperios crecen y mueren a muchos kilómetros de distancia, al menos hasta el triunfo romano. Y es entonces, bajo el poder romano, cuando una figura como Estrabón escribe una *Geografía* que es defini-

da como una filosofía y pretende ser útil a los gobernantes y, ante todo, ser histórica, demostrando que los espacios sólo existen en función de quienes los aprehenden y transforman. Estrabón se convierte, pues, en un exponente muy acabado de la geografía descriptiva de tradición griega, pero sabe ir más allá y enhebrar en una misma práctica la cartografía y el paisaje.

La etnografía no existió como ciencia autónoma en la Antigüedad, pero el punto de vista etnográfico está muy presente en los autores griegos que, sobre todo a partir de la obra de Heródoto, tiene en cuenta la diversidad cultural, siempre imbricada en el discurso histórico-geográfico y generalmente volcada hacia la descripción, catalogación o caracterización del bárbaro como modo indirecto de definición del civilizado, es decir, del griego (la etnografía es una práctica fundamentalmente griega que, cuando se realiza en época romana, es llevada a cabo por escritores griegos como Polibio o el mismo Estrabón). Por eso la etnografía merece un estudio concreto, como el que le dedica el Prof. García Quintela («Estrabón y la etnografía de Iberia»). Uno de sus grandes valedores de cara a la influencia ejercida sobre Estrabón es Posidonio, que dedicó una obra a la etnografía celta. Con Polibio, Posidonio o Estrabón la etnografía se convierte en un medio de facilitar la integración de las nuevas poblaciones conquistadas. Debido a esta finalidad última y a la naturaleza de los análisis etnográficos antiguos, los comentarios etnográficos de Estrabón están insertos en su geografía pero no se constituyen de modo autónomo. Además, van dedicados a la elite romana imperial encargada de asimilar y controlar los nuevos territorios conquistados y no se centran en toda la Península, sino sólo en aquellos pueblos que responden mejor a los discursos de la alteridad y, por lo tanto, ponen más de manifiesto la distancia existente entre ellos y los civilizados antes de la conquista de Augusto y la función civilizadora de la misma, que acorta considerablemente, desde el punto de vista romano, esas distancias culturales y espaciales. Estrabón, por tanto, refleja un discurso complejo que va mucho más allá de una opinión más o menos erudita y que refleja las tensiones sociales de su época, sin que ello presuponga que, por definición, sus alusiones y noticias son falsas. Introducir el concepto de verdad y falsedad simplifica el problema discursivo, no

nos ayuda a comprenderlo mejor ni a manejarlo con más eficiencia.

Centrándose concretamente en los comentarios etnográficos que sobre los celtas nos aporta Estrabón, el Prof. García Quintela compone un último capítulo introductorio («Estrabón y los celtas de Iberia»). Estrabón usa el término celta para referirse a variadas realidades peninsulares: los ártabros, en el extremo noroeste peninsular; los habitantes del suroeste; los berones y celtíberos en el valle del Ebro y la zona de la actual Galicia. Esta variabilidad en el significado que hay detrás de la inmutabilidad del significante (el propio término «celta») ha provocado serios problemas de interpretación historiográfica que han conducido a una fuerte discusión entre proceltistas y celtoescépticos. El autor de este capítulo se decanta por los primeros dejando de lado, a mi juicio, esa variabilidad semántica, significativa, que, en última instancia, al ser en parte ignorada, en parte olvidada, ha conducido a la equiparación de todo aquello que se defina en las fuentes antiguas como «celta» con un modelo social que procede de un momento y un lugar determinados (los celtas de la Galia en época republicana) y que no se exporta tan fácilmente, aunque sí lo haga su nombre. Los celtas peninsulares no se corresponden con los galos, aunque los autores antiguos empleen el mismo término para referirse a ellos, puesto que sus realidades sociales (que conocemos a través tanto de la arqueología como de las fuentes literarias) difieren grandemente.

En conjunto, estamos ante una reedición muy bien planteada que aporta una nueva lectura a una obra, la *Iberia* de Estrabón, no por conocida exenta de ser revisitada. La calidad científica de las contribuciones, unida a una traducción dinámica y directa, así como a unos apéndices cuidados y perfectamente trabados, todo ello en un formato (el de bolsillo) cómodo y asequible, contribuirán, sin duda, a que esta obra se convierta en un nuevo y valioso referente en la producción sobre la obra y los significados de Estrabón.

M.^a CRUZ CARDETE DEL OLMO
Departamento de Historia Antigua
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid

A.M. ECKSTEIN, *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and the Rise of Rome*, University of California Press, Berkeley, 2006, XVII + 369.

Si algo llama la atención de esta nueva y elocuente obra del profesor Eckstein es la aplicación a la historia de la Roma republicana de las modernas teorías de las relaciones internacionales. Su hipótesis de partida se basa en que las sociedades del antiguo Mediterráneo conformaban una amplia anarquía multipolar, un mundo en el que varios estados poderosos luchaban por la obtención de la hegemonía en un entorno en el que la ausencia de leyes internacionales era casi total. En consecuencia, todos los estados presentaban unas sociedades ampliamente militarizadas y agresivas, en las que el balance de poder se mantenía estable en tanto en cuanto no surgiera una ruptura en el equilibrio de fuerzas que decantara el centro de poder en una u otra dirección. El colapso de las monarquías helenísticas, especialmente a partir de la profunda crisis en la que se verá inmerso el Egipto ptolemaico de finales del siglo III a.C., será, según el profesor Eckstein, el detonante definitivo para que Roma, tras ampliar sus miras hacia Oriente, alcance la supremacía en el Mediterráneo.

El libro del profesor Eckstein consta de tres partes principales. La primera la conforman los dos primeros capítulos, en los que el autor analiza la relación entre las ciencias políticas y la historia romana y la aplicación de los postulados de las teorías de la escuela Realista al mundo antiguo y, en especial, al sistema de estados que surgió en el Mediterráneo.

Esta aplicación se ve plasmada en los siguientes capítulos del libro. Así, el tercer y cuarto capítulos se centran en el mundo griego clásico y helenístico respectivamente. Eckstein establece una línea de desarrollo similar en ambas épocas, en la que destaca una ausencia casi absoluta de la diplomacia, con un alto grado de ineficacia de embajadas, caso de existir, y con unas sociedades fuertemente militarizadas, de manera que la vulnerabilidad de los estados era realmente alta.

El quinto capítulo se dedica a analizar las características que presentan los enemigos inmediatos de Roma en la lucha por la supremacía en suelo italiano, prestando especial atención, entre otros, a celtas y cartagineses, dos de los principales oponentes con los que se enfrentaron los romanos. Eckstein subraya que las sociedades a las que se enfrentó eran en sí mismas tan militarizadas y agresivas como lo podía ser la propia Roma. La diferencia sustancial gra-

cias a la cual los romanos consiguieron alzarse con el control sobre la península italiana no fue otra que la mayor habilidad demostrada para movilizar un potencial militar superior en los momentos necesarios.

Tras el estudio de los casos referentes a la Grecia Clásica y Helenística y a los oponentes romanos, en los dos últimos capítulos Eckstein se centra en la propia Roma. El sexto apartado de su investigación incide, sobre todo, en el militarismo romano. Plantea el hecho de que la guerra era un elemento cotidiano en la sociedad romana, tanto en la mentalidad de las élites como en la del pueblo. No obstante, vuelve a insistir en que Roma no era un caso aparte que merezca ser tratado de forma diferente, puesto que estas mismas características se podían apreciar en el resto de estados a los que se enfrentó.

El último capítulo sirve de corolario a todo el libro. Después de haber planteado las similitudes existentes entre Roma y el resto de los estados del Mediterráneo antiguo, Eckstein nos presenta aquellas cuestiones que marcaban la diferencia entre Roma y los demás pueblos. Por tanto, no será el militarismo romano el principal artífice de su supremacía, sino la habilidad mostrada para asimilar a un numeroso contingente de extranjeros y, al mismo tiempo, para crear una amplia y estable hegemonía territorial, factores totalmente ajenos al resto de sus oponentes.

La principal consecuencia de todo ello es que el único de estos pueblos que hizo efectivo un dominio territorial a lo largo de un amplio período de tiempo fue Roma. Según Eckstein, la causa definitiva de la crisis en Oriente y el colapso de las monarquías helenísticas no fue únicamente el expansionismo romano ni la existencia de una violencia patológica e inherente al pueblo romano. Al contrario, aprovechando la coyuntura existente en Oriente, Roma acabó por controlar unas sociedades inmersas con anterioridad en continuos conflictos.

Desde que W.V. Harris publicara en 1979 su célebre obra *War and Imperialism in Republican Rome* pocos estudios sobre la Roma republicana han conseguido situarse a su altura. En este sentido, la publicación de Eckstein es un trabajo que indudablemente sentará cátedra y polémica al abrir las puertas a un enfoque novedoso en el que sin poner en duda en ningún momento la manida belicosidad y ansia de expansionismo de los romanos, plantea dicha actuación como una práctica inherente a todas las sociedades de la antigüedad clásica en la que Roma, partiendo como una más, obtuvo el éxito que no al-

canzaron otros. De esta forma, abandona parte de los postulados planteados por Harris, quien asumía que Roma era un caso excepcional.

El único pero que se podría poner al estudio del profesor Eckstein es que su punto de partida, esto es, el uso de las teorías de las relaciones internacionales modernas, puede resultar denso en ciertos momentos, especialmente en los dos primeros ca-

pítulos. No obstante, el resultado obtenido una vez esbozados los principales argumentos de la investigación y su aplicación en las diferentes épocas estudiadas, apoyado en un excelente uso de las fuentes clásicas, resulta ciertamente alentador.

DENIS ÁLVAREZ
UPV/EHU

C. EILERS (ed.), *Diplomats and Diplomacy in the Roman World*, Leiden-Boston 2009.

Dice M. Jehne en uno de los artículos que componen este volumen que en el tiempo transcurrido entre la redacción y la publicación de su trabajo han visto la luz importantes estudios sobre las relaciones diplomáticas de Roma, entre ellos el de fuentes de F. Canali de Rossi, la monografía de C. Auliard, *La diplomatie romaine. L'autre instrument de la conquête. De la fondation à la fin des guerres samnites (755-290 av. J.C.)*, Rennes 2006 y el colectivo de E. Caïre y S. Pittia, eds., *Guerre et diplomatie romaines (IVe-IIIe siècles av. J.C.)*. Pour un réexamen des sources, Aix-en-Provence 2006. Todos ellos, excelentes trabajos, dan cuenta del renovado interés por la diplomacia romana entre los historiadores de la Antigüedad en los últimos años. Quizás pueda considerarse que parte del camino había sido previamente iniciado desde la Universidad de Génova gracias a la revitalización de la investigación sobre la diplomacia griega impulsada por L. Piccirilli, recientemente fallecido, y sus colaboradores, L. Piccirilli, *L'invenzione della diplomazia nella Grecia antica. Rapporti interstatili nell'antichità*, Roma 2002, L. R. Cresci, F. Gazzano, D. P. Orsi, *La retorica della diplomazia nella Grecia antica e a Bisanzio*, Roma 2002, L. Santi Amantini, *Dalle parole ai fatti. Relazione interstatili e comunicazione politica nel mondo antico*, Roma 2005. También, es posible que el retorno de lo «político» en el ámbito de las tendencias historiográficas actuales haya favorecido la reactualización de un tema clásico de la historiografía antigua como son las relaciones internacionales. Y es que no hay más que pasear la vista por cualquiera de las fuentes literarias clásicas para toparse de inmediato, no sólo con relatos militares, sino con la descripción de todo tipo de gestiones diplomáticas. La propia naturaleza de los textos clásicos, que tratan mayoritariamente de las relaciones, agresivas y pací-

ficas, de Roma con los pueblos que, o bien pasaron a integrar su extenso imperio territorial, o bien se encontraban en los márgenes de él, lo exige así. Por ello, desde siempre, en el estudio de la Antigüedad clásica, la cuestión de las relaciones internacionales, junto con la de la guerra y la naturaleza de las constituciones políticas, ha sido considerada como uno de los «temas estrella».

En los últimos años, sin embargo, se ha buscado abordar el estudio de la diplomacia romana no únicamente como un instrumento político más, o como complemento sustancial de la actividad militar, sino como una forma de gestión del poder por parte de Roma. Creo que ese es el punto de vista que anima la edición de C. Eilers de este volumen, cuyo principal interés reside, sin duda alguna, en la consecución de un acertado equilibrio en las aportaciones al tema de estudio por parte de un escogido elenco internacional de investigadores. Por un lado, están quienes vuelven sobre algunas de las cuestiones más debatidas tradicionalmente en torno a la diplomacia romana como son, el concepto del *bellum iustum*, que abordan S. L. Ager y A. Yacobson; el recurso al parentesco como instrumento diplomático, que repasa F. Battistoni; la conformación de una identidad judía y de una cristiana a través de las relaciones diplomáticas con el poder imperial romano a la que alude J. B. Rives; la inclusión de la diplomacia como una parte más del proceso administrativo del Imperio Romano, sugerida por W. Eck; y la presencia permanente, no oficial, de Roma en algunos estados aliados, que trata R. Haensch. Por otro, tenemos a quienes han preferido abordar aspectos más novedosos o que han recibido menos dedicación por parte de otros investigadores, y que son los que, en definitiva, aportan la mayor originalidad y atractivo al libro. Entre estos últimos, cabría destacar el esfuerzo de J. L. Ferrary por conocer lo que sucede después de que las embajadas griegas vuelven de Roma, que

puede detallarse con cierta precisión gracias a una bien trabada combinación de fuentes literarias y epigráficas y que nos permite saber que algunos de estos embajadores se convierten, a su retorno a sus lugares de origen, en difusores y propagandistas de los deseos y aspiraciones Roma, una especie de «agentes dobles» que trabajan, no sólo en favor de su ciudad, sino también en el de Roma. También resulta interesante el recuerdo de M. Jehne de que, junto a las negociaciones con los reinos transmarinos, los estados federales y las *poleis* griegas, Roma debió desarrollar también una ardua actividad diplomática en la propia Italia con sus aliados, punto éste que aunque en la etapa monárquica y de República arcaica ha sido excelentemente tratado en los recientes estudios arriba mencionados, no ha merecido la misma atención para el período que media entre la Segunda Guerra Púnica y la Guerra Social. Probablemente, la escasa información disponible en las fuentes literarias justifica ese vacío, que M. Jehne atribuye, también, a una falta de iniciativa de los itálicos dada la arrogante actitud de los romanos. Por último, cabe destacar el original punto de partida de T. Corey Brenann, quien ha elegido el fracaso como hilo conductor de

su argumentación, señalando el fuerte contraste entre las noticias diplomáticas proporcionadas por la epigrafía que son, casi siempre, positivas, en torno a la celebración del éxito de la negociación, frente a las crónicas de las fuentes historiográficas, en especial, las contenidas en el constantiniano *Excerpta de legationibus*, que recogen un alto número de fracasos en las negociaciones diplomáticas. De modo sugerente, Corey Brenan señala que la notable celebración honorífica de los embajadores en la epigrafía griega puede deberse a una forma de respuesta social de autoexaltación frente a una realidad de fracaso más o menos habitual en la práctica diplomática. La esperanza del agradecimiento y el premio en sus lugares de origen serviría de aliciente y estímulo para los embajadores que deberían, ante todo, procurar que su misión llegase a buen puerto.

En definitiva, se trata de un conjunto de estudios de remarcable interés y utilidad para profundizar en el conocimiento de algunas de las principales características de la diplomacia romana.

ELENA TORREGARAY PAGOLA
UPV/EHU

Juan Carlos IGLESIAS ZOIDO (ed.), *Retórica e Historiografía. El discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, Ediciones Clásicas-Universidad de Extremadura, Madrid, 2008.

La obra que reseñamos se divide en tres partes: la primera, *Introducción* (pp. 17-60), se reduce a un solo capítulo escrito por el editor del volumen; la segunda, *Retórica e Historiografía* (pp. 61-228), está compuesta por cinco trabajos que tratan la cuestión más general, la planteada en la primera parte del título; la tercera y última, *El discurso militar en la historiografía* (pp. 229-508), la más extensa como es lógico, consta de 11 estudios o capítulos. Completan las 568 páginas del volumen el prólogo del editor (pp. 11-16), las conclusiones (pp. 509-513), una completa bibliografía del conjunto de los estudios (pp. 515-536) y dos Apéndices, el primero de los cuales ofrece un utilísimo corpus de arengas de la historiografía grecorromana (pp. 537-564), el segundo, el índice de autores citados (pp. 565-568).

Como expone J.C. Iglesias Zoido en la *Introducción* (pp. 17-60), el cometido de la obra es el estudio de la arenga, un tipo de discurso que, pese

a ser el más representado en la historiografía greco-latina y poseer una vitalidad enorme, ha recibido escasa atención hasta hace poco. En efecto, en los últimos años han aparecido importantes estudios que han planteado nuevas cuestiones a las expuestas por las obras pioneras de J. Albertus y Th.C. Burgess, como la relativa a la realidad o ficción de la arenga, la adscripción a un determinado género retórico, su tratamiento dentro de la retórica, los tipos, las funciones y la relación con la narración, el origen, etc. Este impulso ha logrado atraer el interés de un mayor número creciente de investigadores, pero, con todo, no ha realizado un estudio sistemático de este tipo de producción, que carece, entre otras cosas imprescindibles, de un *corpus* definitivo. Ése es el vacío que pretende llenar esta obra y su objetivo principal. Antes de ello, resulta necesario definir el marco general de las relaciones entre historiografía y retórica que permite entender mejor la naturaleza y función de este tipo concreto de discurso, y ése es el otro objetivo de este libro, el señalado en la primera parte del título. Conforme con este planteamiento, el volumen recorre los aspectos cruciales de la cuestión más general para seguir con lo que constituye el núcleo de la obra, el análisis de

la arenga, la parte más importante y novedosa y su aportación principal.

La segunda parte de esta obra comprende cinco capítulos que abarcan los diferentes ámbitos espaciales, lingüísticos y temporales que el volumen acoge. Los tres primeros se centran en la Antigüedad grecolatina, los otros dos se centran en la época Renacentista. El hilo conductor común es el examen de la teoría historiográfica y la práctica correspondiente de las épocas estudiadas.

En primer lugar, en un capítulo extensísimo, A. López Eire, *Retórica e Historiografía en Grecia* (pp. 63-124), consumado estudioso de la retórica griega, después de afirmar el carácter retórico de todo lenguaje y recordar la condición de la historiografía de género literario con el que el autor intenta influir en los oyentes o lectores concluye que todos los historiadores fueron retóricos, la diferencia surge en el tipo de retórica que emplearon. Entrelaza así el desarrollo de la retórica en Grecia y las particularidades de cada una de las tres etapas que distingue con la práctica de la historiografía. La «Retórica de la oralidad» es la que corresponde a la época de los clásicos, una retórica viva, en la que se integra la actividad de Heródoto, Tucídides, Jenofonte. La «Retórica de Hermes», la del Mundo griego Helenístico, heredera de la retórica de Isócrates, es una retórica reducida al universo de la escuela, no establece distinción entre lo oral y lo escrito, asume la poesía, y posee una finalidad moral y filantrópica centrada en lo público. La historiografía de esta época estudiada bajo la guía de Polibio, su mejor crítico, busca ante todo el deleite e impresionar al lector. La «Retórica clasicista» es la Retórica escolar de los ciudadanos romanos durante la época del Imperio y la Antigüedad Tardía. Eran políticamente romanos y se sentían culturalmente griegos y para demostrarlo pretendían hacer creer que pensaban y escribían como los literatos de la época clásica a los que imitaban con gran fidelidad. En la primera de las etapas se produce la estilización de algo real, en las posteriores, en cambio, se pierde ese contacto dando lugar al abandono de la ley de verosímil o probable que rige la Retórica y gobierna la confección de discursos retóricos persuasivos.

Muy diferente es el planteamiento de la cuestión complementaria en el mundo latino que hace E. Sánchez Salor, *Retórica e Historiografía en Roma* (pp. 125-142), quien recurre para ilustrar la relación entre retórica e historiografía a la explicación del significado de la célebre frase de Cicerón: *opus oratorium maxime*. Para ello distingue tres niveles de po-

sible referencia de la expresión: la forma o el empleo de un estilo propio sólo justifica el carácter retórico (*oratorium*), pero no *maxime*; es en su finalidad, una finalidad pragmática, la defensa del Estado, de Roma como estado, o bien la defensa de la persona, del individuo, donde encuentra el autor la explicación; así como en el contenido genuinamente oratorio de la historiografía, que no se limita a las partes narrativas sino que cuenta asimismo con las argumentativas y los discursos. La exposición teórica se ilustra prácticamente con el comentario de ejemplos escogido de un historiador clásico, Livio, y de un historiador cristiano, Orosio.

Concluye el apartado referido al mundo antiguo el capítulo de R. Nicolai, *L'uso della storiografia come fonte di informazione: Teoria retorica e prassi oratoria* (pp. 143-174). En él se invierten los términos ya que se ocupa del uso de la historia en la enseñanza de la retórica y trata de responder a la cuestión de si los oradores tomaron de la historiografía informaciones factuales y si el uso de los historiadores como fuente de noticias era habitual o no. Es una cuestión decisiva pues la presencia de la historia en la escuela es determinante para el peso de la retórica en ella. La respuesta depende de la etapa del desarrollo de la enseñanza retórica que estudiemos. En la primera de ellas que el autor denomina «l'étà degli oratori attici», correspondiente al s. IV a.C., en la que el orador es un hombre político, es escasa la importancia que se concede a los historiadores, tanto en la práctica como en la teoría. En la segunda, «l'étà dei lettori», la época helenística, en la que la presencia de textos escritos se hace creciente. Durante esta etapa la utilización de los historiadores se incrementa. En la tercera y última, «l'étà dei declamatori», correspondiente al s. I d.C. y en la que se extiende la práctica declamatoria, se produce un nuevo retroceso en el recurso por extenso a la historiadores en la práctica oratoria pese a que los tratados teóricos recomiendan su conocimiento (pp. 171-2).

Con un salto temporal vertiginoso, pasamos del Mundo Antiguo al del Renacimiento, en el primero de los estudios dedicados a este período, L. Merino Jérez, *Retórica e Historiografía en el Renacimiento: Los Rhetoricorum libri quinque de Jorge de Trebisonda* (pp. 175-198), resume la doctrina historiográfica contenida en las páginas de la obra más conocida de Jorge de Trebisonda, los *Rhetoricorum libri V*, obra de importancia teórica grandísima pues en ella encontramos por primera vez en una manual de Retórica un capítulo dedicado en exclusiva a la historiografía. Ya

en el libro I, alude a la doctrina historiográfica al tratar de las partes del discurso (la historia como *narrationis genus*), pero es en el V (la historia como *orationis genus*) donde, combinando los principios ciceronianos (*de or* II. 63), que expone en la primera parte, con los de Hermógenes, desarrolla con amplitud su propia preceptiva. La primera parte se correspondería con las *res*, la segunda y tercera con los *verba* de la teoría ciceroniana. En estas dos últimas establece una distinción entre las *formae* (*claritas, magnitudo, venustas, affectio, velocitas, veritas y gravitas*), en las que sigue la formulación de Hermógenes, y los *modi* del estilo (figuras propias de la historia frente a la oratoria: enunciado dependiente de un solo verbo, uso del infinitivo histórico, uso combinado de figuras de la *circumductio*). La referencia a los modelos dignos de imitación (Livio y Salustio) pone fin al tratamiento.

El segundo de los estudios teóricos de la época, el de V. Pineda, *La arenga en los tratados de la alta edad moderna* (pp. 199-228), limita su campo a las opiniones sobre el uso de discursos en la historiografía, y más en concreto de las arengas, en los tratados teóricos. Se remonta, tras indicar la dificultad del empeño por un vacío existente, a la consideración de los autores greco-romanos para centrarse en los tratados de preceptiva historiográfica de la época objeto de su estudio. Repasa exhaustivamente cada uno de ellos comenzando con el *Actius* de Pontano (1499), considerado el arranque de las discusiones renacentistas sobre la historia y deudor de su maestro Trebisonda y sus continuadores más cercanos en el tiempo (Sperone Speroni y Francesco Robortello). La década de 1550, en la que la preceptiva historiográfica experimenta su auge: hasta 18 recoge en su *Artis historicae penus* Johannes Wolf, es objeto de atención preferente. Dentro de esa producción atiende especialmente a los tratados de Fox Morcillo, Dionigi Ategrini y Francesco Patrizi, junto con el precedente del *Memorial* de Páez de Castro y el epílogo de Antonio Lulio. Es ésta una etapa en que se dilucida la relación entre historia y retórica e historia y poesía siguiendo a Cicerón y Aristóteles respectivamente, con lo que el tratamiento de los discursos se convierte en norma. Con Fox, que mantiene una opinión favorable a la inclusión de discursos, y Francesco Patrizi, contrario a ella, se incorpora además el aspecto filosófico, lo que tendrá una influencia decisiva en la época siguiente. A partir de la década siguiente, la vía retórica cede a la teológica (Melchor Cano), epistemológica (Giacomo Aconcio), política (Jean Bodin) o jurídica (François Baudouin), y

los tratados sobre historiografía no se ocupan de los discursos; sólo cuando no se abandona del todo la cuestión retórica permanecen las alusiones a los discursos, pese a ello, sigue manteniéndose una vía retórica a finales del XVI, en la que se justifica la inclusión de discursos (desde Ventura Falconetti a Henri Lancelot-Voisin de La Popelinière). Con la llegada del siglo XVII, en el que se produce el triunfo de la historiografía pedagógica, los principales tratadistas consideran necesaria la presencia de los discursos en ella considerándolas más allá del puro ornato aunque haya tendencias diversas; la búsqueda de la verdad ahondará en el abandono de la retórica y los discursos se relegarán a las antologías en el XVIII.

El panorama general de las relaciones entre historiografía y retórica forma así un conjunto coherente que afronta cuestiones esenciales de esa compleja relación desde perspectivas distintas, si bien echamos de menos un análisis más profundo de las consecuencias de esa relación en la práctica historiográfica.

Llegamos al núcleo central de la obra, un terreno más concreto recorrido de forma paralela en los diversos ámbitos, Mundo Antiguo, Edad Media y Renacimiento. De los siete capítulos que se refieren al Mundo Antiguo, dos están dedicados a historiadores griegos, el tercero abarca tanto a Grecia como a Roma, y los cuatro últimos se centran en la literatura latina. En este conjunto dos artículos complementarios condensan los elementos esenciales del tema en cuestión desde el punto de vista textual, un tercero lo hace desde el iconográfico, los demás completan o ilustran aspectos más concretos de las arengas.

El primero de ellos es el de J.C. Iglesias Zoido, *La arenga militar en la historiografía griega: el modelo de Tucídides y sus antecedentes literarios y retóricos* (pp. 231-258). Partiendo del estudio de la arenga homérica (exhortativa, breve, con sentencias e imperativos), matiza el excesivo valor que E. Keitel le concedía limitando la importancia de su influencia a la tradición épica, lírica y Heródoto hasta época clásica, pero entiendo, aceptando la opinión de J. Albertus, que Tucídides inicia un camino innovador en la confección de la arenga que resultará decisivo para la historiografía posterior. Se trata de un discurso más extenso y complejo, elaborado retóricamente y muy imbricado en la narración. Este nuevo tipo de arenga es fruto de la combinación de dos líneas argumentativas de distinta procedencia, una de tipo explicativo influida por la oratoria deliberativa, asamblearia, y otra exhortativa, que se remonta la tradición homérica.

La argumentación instructiva o explicativa expone la estrategia con la finalidad de inspirar confianza en los soldados y conjurar su miedo. Los argumentos que le corresponden son el de la conveniencia y el de la posibilidad de la victoria; a ellos se puede añadir el recuerdo de los antepasados como modelos de conducta, con lo que el contenido se adecua a las circunstancias narrativas. Constituye el elemento central del discurso y el elemento que distingue la arenga propia de la historiografía de las que aparecen en otros géneros. La parte exhortativa, breve, recurre a los argumentos relativos a la justicia, en especial el de los dioses, poco usado por Tucídides, y a la nobleza; otro argumento esperable es el de las consecuencias terribles de la derrota, tópico de gran importancia en la época helenística e imperial, pero ausente en Tucídides. El contenido de esta parte, a diferencia de lo que ocurre con la primera, está menos conectado con las circunstancias narrativas por lo que es fácil de intercambiar de unos discursos a otros. El éxito de este modelo de arenga se debe, concluye el autor, a las funciones desempeñadas y la facilidad de adaptación (persuade, exhorta, alaba o critica).

M.^aL. Harto Trujillo, *La arenga militar en la historiografía latina* (pp. 297-317), analiza con gran rigor y exhaustividad los elementos esenciales de la arenga en la práctica de los historiadores romanos. Parte, como es lógico, de una definición como paso previo para el establecimiento del *corpus*: «es un discurso o parlamento, en estilo directo o indirecto, más o menos desarrollado, de temática militar, pronunciado en una situación bélica (ya sea antes, durante o justamente después de una batalla o campaña militar) y que tiene la intención de provocar una reacción determinada en los receptores» (p. 299). Ésta es, a mi juicio, demasiado extensa, yo me limitaría a los discursos básicamente exhortativos antes y en medio de la batalla, no creo que todo discurso militar pueda englobarse en ese título. Tampoco comparto en la elaboración del *corpus* la inclusión de los poetas épicos, ni me convence la razón (la estrecha relación entre historiografía y épica especialmente en Roma), creo que el peso del género es mucho más considerable. Continúa, tras la discusión de aspectos como la verosimilitud, con la distinción de los tipos de arengas según diversos criterios (receptor, finalidad, cronología), examina las distintas finalidades (retratar al orador, rebajar o aumentar la tensión narrativa, explicar los acontecimientos, hacer un ejercicio de habilidad retórica, reflejar la ideología del orador, de la nación o del propio his-

toriador), y concluye con la enumeración, examen y su distribución a lo largo de la arenga de los trece tópicos más representativos de la arenga.

El capítulo de J. Gómez Santacruz, *Iconografía de la arenga militar (Adlocutio) en Roma: arquitectura conmemorativa y numismática* (pp. 367-404), es un estudio detallado de las variaciones en los contenidos iconográficos de la representación de la arenga militar, la definición de las funciones y su evolución, y constituye, en mi opinión, un complemento imprescindible al resto de los trabajos. Realiza su autor un repaso de las distintas figuraciones numismáticas y monumentales de la arenga del emperador a sus soldados y las diversas leyendas que la acompañan: *adlocutio*, a las que se añadirán otras referidas a temas militares (disciplina, a los ejércitos provinciales), acciones militares (*signis receptis*) y *aduentus* y *profectio* a lo largo de los primeros siglos del imperio, con un desarrollo especial en el s. II, en la época de los Antoninos y los Severos. En este tipo de representación contempla el valor propagandístico de la imagen que pone de relieve sobre todo, más allá de las palabras del emperador, su unión con el ejército, apoyo imprescindible para garantizar el reinado. En el s. II está consolidado el programa iconográfico de la *adlocutio*, ya no se incluye la leyenda alusiva y se introducen algunas novedades en las leyendas de temática militar. Los elementos iconográficos principales son: el tribunal, el emperador dirigiéndose a los soldados, los miembros del pretorio junto al emperador, la tropa y el portaestandartes.

El resto de capítulos están dedicados a cuestiones más concretas. M. Alganza Roldán, *Intertextualidad y tradición literaria: la batalla de las Termópilas en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia* (pp. 259-272), dedica sus páginas al estudio del relato de esta célebre batalla, estructurado en tres fases (preliminares, batalla y epílogo). En él trata de probar que la confección del relato de batalla en Diodoro de Sicilia muestra la tendencia a convertir este tipo narrativo en un subgénero historiográfico. Responsable de ello es especialmente la influencia de la retórica, con las consecuencias que ello conlleva de reelaboración del material histórico, el recurso a esquemas repetidos y la incorporación de una tradición literaria pujante, como se refleja especialmente en las páginas que la autora consagra al epílogo de la batalla de las Termópilas.

La evolución de un tópico dentro de la historiografía es el objeto del capítulo escrito por D. Carmo Centeno, *Historiografía, retórica y ejemplaridad: exhortaciones y enseñanzas en la historiografía grecolati-*

na de época imperial (pp. 273-295). Estudio de los ejemplos de una escena tipo de los historiadores romanos (César y Livio) y los griegos que escribieron historia de Roma (Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y Apiano). Analiza, en primer lugar, los componentes básicos que la constituyen: existencia de una situación crítica, la toma o lanzamiento del estandarte por parte de un miembro del ejército que se arroja en medio de los enemigos, el intento de recuperar la enseña por parte del resto del ejército; en segundo lugar, señala las particularidades y variantes de contenido que cada historiador aporta a este tópico y la evolución que experimenta hasta alcanzar con Apiano una nueva remodelación.

En este grupo de estudios merece destacarse el de I. Moreno Ferrero, *La arenga de Marco Claudio Marcelo en Canusio* (T. L. 27.13) (pp. 319-340). Un magnífico comentario de la estructura retórica de esta arenga titoliviana que complementa las perspectivas teóricas y generales dominantes en la obra. La profundidad y detalle del comentario, que sigue la mejor tradición de la filología clásica, contribuye a descubrir en toda su extensión la maestría de Livio así como la complejidad de su producción.

La comparación de la práctica entre la épica y la historiografía y su ejemplificación posterior es el tema del capítulo que firma J. Villalba Álvarez, *Épica e Historiografía: las arengas en los Púnica de Silio Itálico* (pp. 341-366). Después de una breve presentación de la cuestión general a la que alude el título y la comparación somera entre Silio y Lucano, se centra en las semejanzas y diferencias entre las arengas de Livio y Silio, incluyendo útiles cuadros de los datos que permiten la comparación y las conclusiones. Los criterios que emplea son el número de discursos, la extensión, el contexto, el emisor y receptor y el uso del estilo directo o indirecto. Las conclusiones que extrae de tal comparación son la mayor extensión de la arenga historiográfica por su atención a los *consilia*, la tendencia mayor en Livio a situar las arengas anteriores a la batalla durante la asamblea de tropas con lo que se distancia del momento de la lucha frente a la práctica de Silio, un medio conseguir mayor dramatismo, un uso netamente superior del estilo indirecto por parte del historiador, así como una menor concesión de la palabra a Aníbal. Hubiera sido deseable ahondar más en el análisis y de este modo en la comparación, pues, por su propia concepción y los criterios empleados, llega a conclusiones excesivamente generales. Desde nuestro punto de vista, la desatención al género épico en su conjunto,

así como la ausencia de un tratamiento interno de cada uno de los autores elegidos lastra el resultado.

De los tres artículos dedicados a la época medieval, los dos primeros comparten contenidos en un alto grado, si bien el enfoque particular de cada uno de ellos permite entenderlos como complementarios. Ambos intentan enmarcar el contenido de los discursos de guerra en su contexto de producción, más concretamente en el universo ideológico que los produce, por lo que las concusiones coinciden, como es lógico, pues aunque sean textos distintos comparten un universo ideológico común.

El primero de ellos, el de C. Chaparro Gómez, *La arenga militar en la Edad Media: estudio de algunas crónicas hispanas* (pp. 405-428), después de un estado de la cuestión de los estudios en el ámbito medieval, dedica un amplio espacio a la explicación de los diecisiete tópicos señalados por Bleise, y de los errores metodológicos cometidos en los análisis precedentes: la excesiva atomización, el aislamiento del contexto y del ambiente de su producción y la insistencia en la búsqueda de *topoi*. Con estos principios se aplica, a continuación, al examen de las arengas en crónicas hispanas, *corpus* no tenido en cuenta en los estudios anteriores. Elige con esta finalidad un total de nueve crónicas hispanas en catalán, castellano y latín, de cuyo estudio extrae una serie de conclusiones formales y de contenido: escasez de arengas, brevedad, en ocasiones extrema o referencia indirecta, presencia junto a ellas de justificaciones oficiales, y, por último, dominio de los tópicos referidos al ámbito religioso y al pasado, como consecuencia del contexto de producción de dichos discursos, el de la Reconquista. Un útil apéndice con los textos más relevantes pone fin a este capítulo.

El segundo, a cargo de F. García Fitz, *La arenga militar en la historiografía de las Cruzadas: La ideología patente* (pp. 429-466), se ciñe, después de unas consideraciones generales en gran medida coincidentes con las del anterior y un repaso a las crónicas castellano-leonesas, a la historiografía de las Cruzadas. Partiendo de la idea de que las arengas, aparte de un ejercicio en el que demostrar capacidades retóricas son también una forma particular de manifestar la ideología dominante, esto debe tener un reflejo particular en la historiografía de las Cruzadas o la de los reinos hispánicos. Y, en efecto, junto a los tópicos habituales de cualquier guerra medieval, encuentra en dicha historiografía la reiteración de algunos en especial, tales como la imploración del auxilio divi-

no para el combate y la alusión a los beneficios penitenciales y espirituales, es decir, todos aquellos que responden al marco ideológico de la guerra santa, extensión del concepto de guerra justa. El capítulo se completa con unas provechosas páginas dedicadas a la comparación con la producción realizada desde la perspectiva complementaria, la del Islam, en las que se constata el paralelismo existente con el tratamiento que hace la historiografía árabe de los conflictos entre cristianos y musulmanes en contextos «yihadistas».

El ámbito literario cambia considerablemente con el tercero de los estudios de la época medieval, el de F. J. Grande Quejigo, *Los discursos en el Libro de Alexandre: política y retórica ante la guerra* (pp. 467-488). Consiste en un análisis de los discursos que se encuentran en dicho poema enfocado desde la perspectiva de la obra como *speculum principis* y de su valor didáctico. El análisis del tema de la guerra, que lo vincula al hilo del libro de una forma muy sutil, se relega a un segundo plano en favor del análisis de los discursos por sí mismos; por otra parte, el género de la obra estudiada, no encaja del todo en el planteamiento del volumen, por lo que, aun siendo un estudio profundo y riguroso, no acaba de integrarse en el conjunto.

El artículo que cierra el capítulo de colaboraciones, S. López Moreda, *Los discursos en la Historia de Fernando de Aragón de Lorenzo Valla* (pp. 489-508), difiere también de los demás capítulos de esta sección por el carácter y contenido de los discursos estudiados. El trabajo se entrega al estudio y demostración de que el plan de la obra histórica indicada en el título está confeccionado de acuerdo con la estructura retórica de un discurso: proemio (libro I, en el que se narran las gestas de Fernando de Aragón), *confirmatio* (libro II, en el que se debate la cuestión sucesoria), y *confutatio* y nueva *confirmatio* con el elogio final del personaje (libro III: descrédito de los últimos candidatos que no aceptan el Compromiso y retrato ideal del futuro rey). En este proceso analiza con detalle los discursos de los pretendientes al trono contenidos en ella.

Después de este repaso sumario a cada una de las aportaciones, queremos hacer algunas consideraciones del conjunto. Mantener una unidad y coherencia no resulta nada fácil con tantos colaboradores y, más aún, cuando se ha buscado la variedad en el tratamiento del tema e incluso la interdisciplinariedad, pero me parece que la concepción y la articulación son suficientemente rigurosas y adecuadas para cumplir con los objetivos propuestos. Esto no hu-

biera sido posible sin la función de pivote que cumplen algunos artículos, en especial los del editor o el de M.^a L. Harto, así como las conclusiones generales recogidas al final de la obra.

Menos dignos de elogio me parecen otros aspectos como la proliferación de textos. Su inclusión es, en general, bienvenida, sobre todo cuando son poco conocidos, pero, cuando se multiplican textos que no aportan demasiado sobre los anteriores o que son parafraseados, podrían haberse ahorrado ofreciendo sin más la referencia; lo mismo sucede con los textos más extensos que se insertan sin que sean objeto de un comentario detallado, lo que justificaría plenamente su inclusión. Hubiera sido igualmente deseable mantener el mismo criterio a la hora de proporcionar las traducciones de los textos, en especial de los griegos.

Más llamativa resulta la diferencia de criterio a la hora del tratamiento que cada capítulo hace de la materia de su incumbencia, pues, pese a las líneas comunes se advierte una gran distancia entre el tratamiento en exceso descriptivo e incluso ocasionalmente superficial, y el exhaustivo y preciso análisis que aparece en otros.

El libro, precisamente por su amplitud de espacio y de disciplinas, pone en evidencia en ocasiones la falta de comunicación entre esos diversos campos de estudio, situación que hace trabajos como éste más necesarios. Me refiero, por ejemplo, a la desconexión que se aprecia, a mi juicio, entre el tratamiento de la arenga en el mundo medieval con respecto a la del antiguo: los tópicos son en gran medida similares sólo que han cambiado de referentes, igualmente los estudios teóricos sobre la Antigüedad no parecen tener una presencia considerable en estos capítulos, pese a que muchos de los aspectos destacados son comunes.

Al margen de estos defectos, me parece una obra novedosa, de gran mérito y de extraordinaria utilidad, y que puede convertirse en modelo para nuevos estudios, pues cumple con dos requisitos que un buen libro debe reunir: llenar un vacío en un campo de estudio determinado y abrir con su estímulo el camino a nuevas investigaciones. Ambas condiciones las cumple con creces este libro recién publicado y editado por J.C Iglesias Zoido y que recoge el fruto de la investigación de años del grupo de investigación «Arenga».

JESÚS BARTOLOMÉ
UPV/EHU

«*Donum amicitiae*». *Estudios en homenaje al profesor Vicente Picón García*, eds. A. Cascón Dorado, P. Flores Santamaría, C. Gallardo Mediavilla, B. García-Hernández, C. González Vázquez, R. Jiménez Zamudio, A. Sierra de Cózar, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2008. 917 pp.

Este grueso volumen que los colegas y amigos del profesor Vicente Picón han querido dedicarle con motivo de su jubilación constituye un emotivo y muy merecido homenaje a toda una vida dedicada al estudio y a la difusión de la Filología Latina. Es de agradecer, aunque sea norma en el género, la bibliografía completa del homenajeado (pp. 23-33) así como los apuntes biográficos consignados en el *curriculum vitae* (pp. 19-21) y los que asoman en la simpática «diatriba introductoria» de Antonio Cascón (pp. 15-18). Las contribuciones que integran la obra están ordenadas en las siguientes secciones: *Lingüísticas griega y latina* (pp. 51-216), *Edición, traducción y crítica literaria* (pp. 217-440), *Historia e historiografía* (pp. 441-528), *Humanismo y tradición* (pp. 529-864), y *Retórica y lenguaje jurídico* (pp. 865-917). Debe añadirse, además, una muy poco convencional «Presentación» (pp. 11-14) del rector de la Universidad Autónoma de Madrid, Ángel Gabilondo, y un curioso «centón jubilar para Vicente Picón» de P. Jiménez Gazapo y F. Morillo Ruiz (pp. 37-50).

Es natural que los trabajos contenidos en una *Festschrift* como ésta respondan más o menos a los intereses que han guiado la actividad profesional del homenajeado, y así sucede aquí con los que versan sobre biografía e historiografía y, muy especialmente, sobre el teatro escolar latino: para quienes trabajan en estas parcelas de la Filología Latina, el homenaje al profesor Picón supondrá una referencia ineludible. En efecto, los estudios sobre el teatro latino de época moderna deben mucho a la labor que ha desarrollado Vicente Picón durante las últimas décadas, y cabe augurar que la deuda seguirá aumentando felizmente en los próximos años, pues se nos anuncia que, entre otras cosas, el tercer volumen de las obras del Padre Acevedo se encuentra ya en preparación; el presente homenaje acoge un buen puñado de contribuciones que, directa o indirectamente, están relacionadas con la cuestión: J. Alonso Asenjo, «En torno a la *Nineusis*, comoedia de divite Epulone de Juan de Valencia» (pp. 531-548), sobre una obra hoy perdida; M. Conde Salazar y M. V. Fernández-Savater Martín, «Comedia nueva del mayor triunfo de César o Batalla de Farsalia» I y II (pp. 609-628 y 629-649), atribuida a Francisco de Alsedo y An-

tonio de Solís; P. Flores y C. Gallardo, «*Costis Nimpha*, una égloga en honor a santa Catalina» (pp. 651-673), breve pieza del Padre Acevedo destinada a la representación; M. C. García Fuentes, «Recreación ovidiana en *El amor más desgraciado* de A. de Salazar y Torres» (pp. 675-686), comedia representada entre 1667 y 1669; F. Hernández González, «El *Priscianus* de Merbitz, una crítica a docentes de su época» (pp. 713-724), sobre un curioso entremés insertado en la comedia *Darius*; J. Menéndez Peláez, «El entremés en el teatro jesuítico del Siglo de Oro» (pp. 791-815); M. Molina Sánchez, «La comedia *Techmitius* y el teatro del jesuita Andrés Rodríguez» (pp. 817-829); E. Sánchez Salor, «Los santos en el teatro jesuita. El caso de san Eustaquio» (pp. 847-860); A. Sierra de Cózar, «Epistula gratulatoria Vincenti Piconi de praeposito Formosellano» (pp. 861-864), sobre la relación entre Pedro Papeo y Juan Falluel; y, dando un salto hasta el siglo recién acabado, A. M. Martín Rodríguez, «Tieses y el cine: a propósito de las fuentes del *Tyestes* de José María Pemán» (pp. 779-790). Toca también al teatro, aunque de un modo muy distinto, el artículo de J. Luque Moreno, «*Et in Arcadia ego*, ¿una sentencia del teatro humanístico?» (pp. 755-767), donde, además de aducir otros posibles antecedentes clásicos de la famosa frase que aparece por primera vez en el cuadro (1621-1623) del Guercino, pone de relieve la influencia que, a través del drama tanto latino como vulgar, pudo haber ejercido la noticia —transmitida en varios autores— sobre la muerte de Terencio en Arcadia. Tal y como se ha señalado ya, conforman también un grupo especialmente numeroso las contribuciones sobre biografía e historiografía clásica y su posterior pervivencia: M. J. Muñoz Jiménez, «El *De vita Caesarum* de Suetonio y la *Historia Augusta* en el ms. 7805 de la Biblioteca Nacional» (pp. 363-374), que da cuenta de una interesante antología histórico-biográfica conservada en el citado ms.; H. Silvestre Landrobe, «*Suetoni vita Horatii*: retrato metatextual frustrante» (pp. 431-436); L. M. Macía Aparicio, «Homero en las *Vidas de los Césares* de Suetonio» (pp. 443-453); M. Mayer, «Notas sobre el inicio de la *Vita Pertinacis* de la *Historia Augusta* (1, 1-4)» (pp. 489-502); T. González Rolán y P. Saquero Suárez-Somonte, «La *Ystoria de Alexandre* en el *Victorial* de Gutierre Díaz de Games y su relación con el *Libro de Alexandre prosificado*» (pp. 701-711), una nueva contribución de los autores a la reconstrucción de la abigarrada historia del tema de Alejandro en el Medioevo hispano; y, en fin, P. Hualde Pascual, «Historiadores romanos

en el Perú virreinal: los sonetos a los emperadores de fray Francisco del Castillo» (pp. 737-753), sobre esta curiosa obra del Ciego de la Merced.

Fuera de estas dos grandes secciones, el Humanismo hispánico y, en general, la pervivencia de la literatura clásica en las letras españolas están bien representados, con estudios sobre los emblemas de Juan de Solórzano (B. Antón, «Vino, toros y tabaco en la literatura emblemática neolatina», pp. 549-559), Nebrija (V. Bonmatí Sánchez, «La *Repetitio quinta* sobre la analogía de Elio Antonio de Nebrija (11 de junio de 1508)», pp. 561-576), la retórica en el Nuevo Mundo (C. Chaparro Gómez, «La retórica de José de Acosta: diversos métodos de persuasión y evangelización», pp. 577-589), Arias Montano, aunque sea secundariamente (L. Charlo Brea, «Estudio de las cartas de Torrencio a la luz del *De conscribendis epistolis* de Erasmo», pp. 591-608), el erudito jesuita Luis de Castro (F. G. Hernández Muñoz y C. González Vázquez, «Luis de Castro, traductor de los clásicos: una figura casi desconocida del Humanismo español del XVIII», pp. 725-735), Antonio Serón (J. M. Maestre Maestre, «Tres notas de hermenéutica a la *Sylva* III de Antonio Serón», pp. 769-777), y Gregorio Mayáns (J. Pérez Durà, «Los *Rhetores Latini minores* en la preceptiva de la *Rhetorica* de Gregorio Mayáns», pp. 905-917).

Todo esto, por supuesto, sin menoscabo de los demás artículos que conforman el volumen, entre los que se encuentran muchas aportaciones realmente valiosas sobre Lingüística tanto griega como latina (J. M. Baños y M. D. Jiménez López, A. Cascón Dorado, L. Conti, E. Crespo, J. L. García Ramón, M. A. Gutiérrez, R. Jiménez Zamudio, E. Nieto Ballester, A. Striano Corrochano, M. E. Torrego y J. De la Villa, L. Unceta Gómez), textos, autores y temas antiguos y medievales (A. M. Aldama Roy, E. Calderón Dorda, V. Cristóbal, J. Del Hoyo Calleja, F. García Jurado, T. Jiménez Calvente, R. López Gregoris, H. Maquieira Rodríguez, A. Moreno Hernández, A. Moure Casas, J.-V. Rodríguez Adrados, M. E. Rodríguez Blanco, M. Sanz Morales, B. Segura Ramos, J. Velaza, S. Madrazo Madrazo, M. L. Martín Ansón, A. Vegas Sansalvador, J. L. Vidal, B. García-Hernández, E. Montero Cartelle, E. Otón) y Derecho romano (A. Fernández de Buján, M. del P. Pérez Álvarez). En fin, no puede pasarse por alto la cercanía que con respecto al homenajeado transmiten muchas de sus páginas: se diría que el título del volumen, *Donum amicitiae*, está muy bien puesto.

ÍÑIGO RUIZ ARZÁLLUZ
UPV/EHU

- F. PETRARCA, *De viris illustribus. I*, a cura di S. Ferone, Florencia, Le Lettere, 2006, xiv-488 pp.
 F. PETRARCA, *De viris illustribus. II. Adam-Hercules*, a cura di C. Malta, Florencia, Le Lettere, 2007, 116 pp.
 F. PETRARCA, *De viris illustribus. IV. Compendium*, a cura di P. de Capua, Florencia, Le Lettere, 2007, 72 pp.

Un real decreto de 1904, emitido con motivo de la celebración del sexto centenario del nacimiento de Petrarca (1304-1374), creó la Commissione per l'Edizione Nazionale delle Opere di Francesco Petrarca. Después de un siglo en el que los estudios petrarquescos han experimentado un florecimiento espectacular —con varias revistas y colecciones dedicadas exclusivamente a Petrarca y con una deslumbrante nómina de especialistas—, han visto la luz siete de los veinte volúmenes previstos inicialmente: una de las razones de esta demora, aparte la dificultad intrínseca que por diversos motivos en-

traña la filología petrarquesca, es que el listón viene puesto por obras maestras como la edición de las *Familiars* (1933-1942) llevada a cabo por Vittorio Rossi. Para la celebración del séptimo centenario, la Commissione ha tenido la sensatez de no precipitar la edición nacional y de promover, en cambio, la publicación de la obra completa de Petrarca en una edición de otras características: la que viene conociéndose como «Petrarca del Centenario» y de la que forman parte, junto con otro puñado de tomos que ya han salido de la imprenta, los tres volúmenes que constituyen el objeto de esta noticia. Editado con la pulcritud a la que nos tiene acostumbrados la filología hecha en Italia y, muy en particular, el mundo del petrarquismo, el «Petrarca del Centenario» ofrece un texto latino crítico —apoyado, si no en todos, al menos en los testimonios considerados más importantes—, una traducción italiana y una introducción que versa casi exclusivamente sobre la propia constitución del texto. Éste, por lo demás, viene acompañado normalmente de un aparato crítico

reducido a lo esencial y de un segundo aparato en el que se dilucidan las citas más o menos explícitas contenidas en el texto —aunque en algunos volúmenes se trata de un aparato de fuentes en toda regla—; por otro lado, de la traducción cuelgan notas de carácter digamos general que cumplen su cometido con sobriedad y eficacia. Se trata, en definitiva, de la mejor edición posible en estos momentos: si se completa el conjunto de la obra de Petrarca —y lo cierto es que los tomos van saliendo a un ritmo que, de momento, invitan a un moderado optimismo—, esta edición del Centenario no sólo hará mucho más llevadera la inevitable tardanza de los volúmenes correspondientes de la edición nacional, sino que constituirá un excelente complemento de aquélla y, para determinados usos, un instrumento más útil; en este sentido, huelga señalar que la traducción italiana —de la que carece la edición nacional— es hoy más necesaria que nunca y, en cualquier caso, siempre bienvenida¹.

La peculiar historia del *De viris illustribus* sitúa al editor en una posición francamente incómoda: porque, a lo largo de su vida, la obra fue adquiriendo formas diversas, y porque aún ignoramos demasiado sobre sus últimas vicisitudes en el escritorio o en la intención de Petrarca. En efecto, sin haberlo dado nunca por terminado y sin haber permitido que se difundiera una sola página, Petrarca volvió varias veces sobre el *De viris* introduciendo cambios importantes en la estructura y en la concepción misma de la obra: sabemos que, entre 1341 y 1343, está integrada por la mayor parte de las 23 vidas —distribuidas en 22 ‘tratados’— que van de Rómulo a Catón y responde a una perspectiva estrictamente romana; desde 1351 hasta 1356 —quizá más tarde— el proyecto vuelve a cobrar vida y se le añaden al me-

nos 12 biografías más, de Adán a Hércules, que delatan una concepción muy distinta de la anterior; y, en fin, durante los últimos años de su vida Petrarca, por instigación de Francesco da Carrara, se ve obligado a resucitar el planteo primitivo de la obra, no sabemos bien con qué consecuencias: a ciencia cierta, sólo cabe adscribir a este último episodio un nuevo proemio y una versión abreviada de algunas de las primeras biografías del *De viris* romano. Tras su muerte, Lombardo della Seta lleva a cabo una auténtica edición que determinará la historia posterior del texto hasta este mismo «Petrarca del Centenario» que nos ocupa; en efecto, es Lombardo quien toma dos o tres decisiones que afectan a la estructura y al contenido mismo de la obra: edita el *De viris* romano —a partir, por cierto, del ms. equivocado— y le antepone el prefacio que Petrarca había escrito de mala gana en los últimos años (más difícil de precisar es el papel que sin duda tuvo a la hora de incluir el *De gestis Cesaris* en el entramado del *De viris illustribus*). Al menos en gran medida, ésta es la solución por la que optó en su día Guido Martellotti para la edición nacional, cuyo plan consistía en un primer volumen —único que llegó a realizarse— con las 23 biografías del *De viris* romano encabezadas por la *Prefatio A*, un segundo con el *De gestis Cesaris*, y un tercero con el *Compendium* (una versión resumida de parte de la obra primitiva que Petrarca elaboró durante los últimos años de su vida), las 12 vidas del *De viris* universal (más la *Prefatio B*) y la *Collatio inter Scipionem Alexandrum Hanibalem et Pyrrum* (opúsculo que, en rigor, nunca ha formado parte del *De viris*), además de los Suplementos de Lombardo². En este «Petrarca del Centenario» se mantiene más o menos la misma estructura: el primer volumen contiene el *De viris* romano precedido de la *Prefatio A*, el segundo las biografías añadidas para

¹ Sobre la edición nacional de las obras de Petrarca —pero también sobre la edición en general y sobre el quehacer de la filología— debe verse M. Feo, «L’edizione nazionale del Petrarca e le edizioni fatte con le forbici», *Il ponte*, 56, n.º 4 (abril de 2000), pp. 149-155, ahora —con un codicilo— en *Petrarca nel tempo. Tradizione lettori e immagini delle opere. Catalogo della mostra (Arezzo, Sottocchia di San Francesco, 22 novembre 2003–27 gennaio 2004)*, a cura di M. Feo, Pontedera 2003, pp. 33-36; contiene, entre otras cosas, una historia de la edición nacional M. Berté, «Intendami chi può». *Il sogno del Petrarca nazionale nelle ricorrenze dall’unità d’Italia a oggi. Luoghi, tempi e forme di un culto*, Roma 2004. Diversos aspectos de la cuestión toca E. Fenzi, «Lo stato presente delle edizioni di

Petrarca», *Bollettino di italianistica*, 2 (2006), pp. 5-44; en fin, no deja de resultar inquietante el artículo de F. Bausi, «Mito e realtà dell’edizione critica: in margine al Petrarca del Centenario», *Ecdotica*, 3 (2006), pp. 207-220.

² F. Petrarca, *De viris illustribus*, edizione critica per cura di G. Martellotti, Florencia 1964 (Edizione nazionale delle opere di Francesco Petrarca, II). Sobre el plan general de la obra véase M. Feo, «“Semplicemente un uomo”. L’umanesimo di Guido Martellotti», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, s. III, 11 (1981), pp. 1097-1138, concretamente pp. 1126-1127, e Id., «Francesco Petrarca», en *Storia della letteratura italiana. X. La tradizione dei testi*, dir. E. Malato, coord. C. Ciociola, Roma 2001, pp. 271-329, 307.

el *De viris* universal junto con la *Prefatio B*, el tercero —según anuncia la Commissione per l'Edizione Nazionale delle Opere di Francesco Petrarca— será el *De gestis Cesaris* (al cuidado de V. Fera y con traducción de G. Namia), el cuarto abarca el *Compendium* y, siempre según lo que parece ser el plan de la Commissione, el quinto contendrá la *Collatio* ya citada (al cuidado de D. Gionta). Se trata, por tanto, de una solución conservadora si se quiere, con un componente arbitrario inevitable, pero que muestra —siquiera sea a grandes rasgos— la evolución de la obra a lo largo de la vida de su autor y también, en buena medida, el estado en el que se encontraban las distintas partes de este magno proyecto a la muerte de Petrarca: ahora, después del artículo fundamental de Vincenzo Fera³, es casi inevitable reprocharle la presencia de la *Prefatio A* a la cabeza del *De viris* romano; en cambio, por lo que respecta a las 12 vidas del *De viris* universal, el ms. Città del Vaticano, BAV, Vat. Lat. 1986, viene a confirmar que, efectivamente, se encontraban entre los papeles de Petrarca físicamente separadas del resto⁴.

Dado el lugar tan peculiar que le corresponde a la biografía de César en el *De viris* y teniendo en cuenta que la *Collatio* nunca ha formado parte de la colección, son estos tres volúmenes que nos ocupan ahora los que contienen el *De viris illustribus* propiamente dicho en sus diversos momentos. El primer tomo de esta nueva edición es el menos novedoso, ya que se corresponde con el único volumen publicado en la edición nacional: ni la reconstrucción de la transmisión manuscrita del *De viris* llevada a cabo por Martellotti ni el texto mismo fijado en la edición de 1964 han sido objeto del menor reparo por parte de la filología petrarquesca posterior, con lo que el editor, Silvano Ferrone, estaba obligado a obrar como lo ha hecho⁵. En unas pocas ocasiones, sin embargo, ha intervenido en el texto de Martellotti: un par de veces para dar preferencia a una variante recogida en el aparato de la edición nacional, en algún caso para corregir una errata —de las poquísimas que había—, con cierta frecuencia para regularizar grafías o modificar levemente la puntuación, etc. Una aportación

importante constituye la traducción italiana: si no me equivoco, la única traducción más o menos completa que existía hasta ahora —no ya al italiano, sino a cualquier lengua— era la de Donato Albanzani, terminada en 1397 y que tuvo notable difusión en los siglos posteriores (Verona 1476, Venecia 1527, Bolonia 1874-1879), mayor desde luego que el propio texto latino de Petrarca.

Más novedoso es el volumen segundo, al cuidado de Caterina Malta, con el texto de la *Prefatio B* y las 12 biografías del *De viris* universal, que hasta ahora sólo habían sido editadas —parcialmente y a partir de un solo testimonio— por P. de Nolhac, «Le *De viris illustribus* de Pétrarque. Notice sur les manuscrits originaux, suivie de fragments inédits», en *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque Nationale et autres bibliothèques*, París 1890, t. XXXIV, f. 1, pp. 61-148 (posteriormente Martellotti publicó las biografías de Jacob y José, que Nolhac había editado fragmentariamente, y más tarde la así llamada *Prefatio B* y la vida de Adán: G. Martellotti, «Dal *De viris illustribus*. Le vite di Giacobbe e di Giuseppe», *Studi petrarcheschi* 2, 1949, pp. 81-93, ahora en sus *Scritti petrarcheschi*, a cura di M. Feo e S. Rizzo, Padua 1983, pp. 141-155, y el citado prefacio y la vida de Adán en F. Petrarca, *Prose*, a cura di G. Martellotti et al., Milán y Nápoles 1955, pp. 218-229). Así es que, por primera vez, el lector dispone de una edición crítica de las 12 vidas realizada a partir de los dos mss. conocidos actualmente y con todas las garantías exigibles, incluido un aparato de fuentes detallado así como otros subsidios filológicos de diversa índole a los que sería difícil oponer el menor reparo. Merece destacarse la atención de la que ha sido objeto el texto, corregido *ope ingenii* —pero siempre con buenos argumentos— en numerosas ocasiones.

También constituye una novedad el volumen atendido por Paola de Capua y que contiene lo que en la tradición manuscrita se conoce como el *Compendium*, es decir, la versión abreviada del *De viris* romano que Petrarca emprendió en los últimos años de su vida, con el objeto —a lo que parece— de sa-

³ V. Fera, «I *fragmenta de viris illustribus* di Francesco Petrarca», en *'Caro Vitto'. Essays in memory of Vittore Branca*, edited by J. Kraye and L. Lepschy in collaboration with N. Jones, Londres 2007 (*The italianist* 27, 2007, Special supplement, 2), pp. 101-132.

⁴ Véase al respecto lo que señala Malta en la introducción al volumen II, p. 14.

⁵ Las cuestiones que aborda Fera en el artículo citado son en cierto modo de otra índole, y es probable que, a pesar de la fecha de publicación, las enmiendas propuestas por Malta no hayan llegado a tiempo de ser tenidas en cuenta (C. Malta, «Restauri al proemio del *De viris illustribus* di Petrarca», *Studi medievali e umanistici* 3, 2005, pp. 129-145).

tisfacer de algún modo el interés que Francesco da Carrara mostraba por la forma primitiva del *De viris* 'vero e proprio'. Petrarca sólo alcanzó a escribir en esta nueva redacción las 14 primeras biografías del *De viris* romano —en general, como se ha dicho, en una versión muy reducida y a partir exclusivamente del texto ya existente, pero no siempre—. No había hasta ahora edición moderna de este opúsculo aunque, curiosamente, es lo único que para el *De viris illustribus* habían recogido las grandes ediciones petrarquescas de los siglos xv y xvi. En estas circunstancias —y al igual que en el segundo volumen—, es muy de agradecer que la editora haya presentado un texto que se basa en el examen de todos los testimonios conocidos, así como un aparato crítico suficientemente detallado y unas notas exegéticas que nunca resultan superfluas.

No parece que la Commissione tenga prevista la edición de los suplementos de Lombardo della Seta. En efecto, con el objeto de poder presentar el *De viris illustribus* ante Francesco da Carrara, Lombardo había añadido, compuestas de su propia minerva, 12 vidas más, siguiendo probablemente un plan de Petrarca: en concreto, las que van desde Escipión Nasica hasta Trajano, separadas de la parte petrarquesca por dos prefacios también de Lombardo. Otro tanto hizo con el *Compendium*: elaboró la versión abreviada de aquellas biografías del *De viris* que Petrarca no llegó a reescribir para el *Compendium* y, a continuación y separadas de las precedentes por un nuevo prefacio, compuso los resúmenes de las 12 biografías añadidas

por él mismo en su suplemento al *De viris*. Si no me equivoco, del suplemento al *De viris* propiamente dicho, es decir, de las 12 biografías de Lombardo en su versión extensa, sólo se han publicado en su original latino las 8 que corresponden a aquellos personajes cronológicamente anteriores a César —con exclusión, por tanto, de las biografías de Augusto, Vespasiano, Tito y Trajano—, y eso en la vieja edición de Razzolini (Bolonia 1874-1879)⁶; el suplemento al *Compendium* —junto con el prefacio «Sentio quam grande...»— se encuentra, igual que las 14 vidas que constituyen el compendio del propio Petrarca, en las grandes ediciones antes aludidas de los siglos xv y xvi. Salta a la vista que son obras íntimamente ligadas al *De viris* petrarquesco, tanto en su génesis como en su historia posterior; de hecho, Martellotti tenía intención de editarlas dentro de los volúmenes dedicados al *De viris* en la edición nacional: «il [...] Supplemento verrà pubblicato in uno dei due volumi seguenti; rappresentano insomma un episodio non trascurabile nella vicenda culturale che l'edizione di un'opera come questa è chiamata a illustrare», señalaba en la introducción al primer y único tomo publicado (p. cxlix). Sin duda los Suplementos tendrían más fácil cabida en la edición nacional, pero lo cierto es que la publicación de esta obra de Lombardo —dentro o fuera del «Petrarca del Centenario»— prestaría un gran servicio sobre todo, justamente, a los petrarquistas, aunque no sólo a ellos.

ÍNIGO RUIZ ARZÁLLUZ
UPV/EHU

Virginia BONMATÍ SÁNCHEZ, *L. Valla: Apólogo contra Poggio Bracciolini (1452). Poggio Bracciolini: Quinta invectiva contra Lorenzo Valla (1453). Estudio y edición crítica con traducción*, ediciones griegas y latinas, Universidad de León, Salamanca, 2006, 150 pp., ISBN: 84-9773-259-6.

Nos encontramos ante una obrita que constituye un excelente ejemplo de las disputas que se produjeron entre los humanistas italianos del siglo xv, mucho más frecuentes de lo que nos pudiera parecer.

⁶ Los dos prefacios («Errare haud profecto...» y «Maius me opus...») de Lombardo se pueden leer —en un texto muy poco fiable— en D. Rossetti, *Petrarca, Giulio Celso e Boccaccio. Illustrazione bibliologica delle vite degli uomini illustri del primo, di Giulio Cesare attribui-*

La confrontación directa, en un solo ejemplar, de dos posiciones antagónicas permite apreciar el campo de batalla y los argumentos esgrimidos en el combate. Asimismo posibilita al lector una valoración de la gran habilidad literaria y el conocimiento de la lengua latina, de las obras y los géneros heredados de la Antigüedad que poseían estos autores.

La edición aparece dividida en: 1) estudio, constituido por la introducción (pp. 17-44); 2) edición y traducción del *Apologus seu actus scenicus in Poggium*

ta al secondo e del Petrarca scritta dal terzo, Trieste 1828 (pp. 226-232 y 238-240 respectivamente), obra por lo demás no mucho más fácilmente accesible que la edición de Razzolini.

(pp. 45-105); 3) apéndice, compuesto por la *Invectiva quinta in L. Vallam* de Poggio (pp. 106-135); 4) la bibliografía y los índices (136-150).

La introducción, que está subdividida en varios apartados, comienza con un semblante de la vida y obra de Valla (pp. 17-25) al que siguen la polémica del *usus* de la *romana lingua* de éste frente al *sermo latinus vulgaris* de Poggio Bracciolini (pp. 25-27), y la invectivas de Bracciolini contra Lorenzo Valla (pp. 27-34), única sección dedicada al antagonista. El tercer apartado (pp. 35-38) lo constituye el *Apologus*, en el que se incluye una somera descripción de los criterios utilizados en su traducción y una enumeración de los vicios del libro de Poggio clasificados en aquellos de expresión, y de contenido. Estos se distribuyen en: 1) morfológicos; 2) sintácticos; 3) semánticos; 4) léxicos. Por último, aparecen las diferentes fuentes de las obras del *Apologus*, repartidas en dos puntos, por un lado, las fuentes de Lorenzo, y, por otro, sus fuentes literarias y gramaticales del mismo. Como último punto de la introducción se encuentra la descripción de la edición del *Apologus*.

La segunda parte de la obra está constituida por la edición propiamente dicha y la traducción del *Apologus*. La tercera la constituye la invectiva de Poggio, y la cuarta la concisa pero muy acertada y adecuada bibliografía y los distintos índices.

El estudio aparece precedido por una tabula cronológica de la vida y obra de Lorenzo Valla, muy útil para situar al personaje en la época y el momento en que se produce la disputa; pues, aunque en la introducción, los datos que aparecen en la tabla se van entremezclando con la narración biográfica, su precisión y claridad facilitan al lector el conocimiento de los motivos que llevaron a la disputa. Así, la descripción biográfica se ve intercalada con la mención de las obras en el momento en que fueron compuestas, lo que le sirve a la autora para justificar las acciones de Valla. Ésta es la función de la amplia descripción de las *Elegantiae*, que reciben un tratamiento diferenciado con respecto al resto de sus obras. Un trato justificado porque la disputa con Poggio, y otros humanistas, se centra en aspectos lingüísticos, aunque pudieran existir otros motivos ulteriores (como bien sugiere Valla al presentar personajes de baja estofa haciendo mofa y befa del

latín de Poggio y utilizando un latín más apegado a los usos clásicos, y muestra la repuesta de Bracciolini al *Apologus*).

El lector, a la vista del título, puede verse llevado a engaño porque la introducción está centrada exclusivamente en la figura de Valla. Se echa en falta un tratamiento paralelo de los dos autores: 1) un semblante de Poggio; 2) un apartado dedicado a la *Invectiva quinta* similar al del *Apologus*; 3) una descripción de los vicios de Valla y de las fuentes de Bracciolini análogo. Esta falta de equivalencia predispone, innecesariamente, al lector a favor Valla, quien cuenta con la ventaja de la naturaleza de las ambas obras (el *Apologus* simulando una comedia latina, la respuesta poggiana como un tratado en prosa). Seguramente la inclusión de la *Invectiva* como apéndice justifica la falta de datos acerca de Poggio y su obra en el prólogo, sin embargo su inserción como parte del título de la edición exige un tratamiento más acorde pues se sugiere en él un status equivalente.

Con todo, esta falta no debe hacer olvidar el número de virtudes que posee esta obra, entre las que se encuentran: 1) una ajustada y minuciosa traducción; 2) el rigor científico del estudio inicial; 3) una muy acertada decisión de mantener en lengua original aquellas expresiones latinas sobre las que discuten los personajes en las diferentes escenas, que permite percibir los detalles de la crítica lorenzana y que se perderían con su traducción; 4) la enumeración en el prólogo de los vicios criticados por Valla de Poggio (en expresión, contenido, etc.), y la indicación de las obras del propio Valla que aparecen como fuentes y las obras literarias clásicas que sirven de fuente de su autoridad. Virtudes todas que hacen que sea una obra de obligada lectura para aquellas personas que deseen profundizar en el conocimiento del Humanismo italiano.

ALEJANDRO MARTÍNEZ SOBRINO
 Departamento de Estudios Clásicos
 Facultad de Filología y Geografía e Historia
 UPV/EHU
 Apdo. / P.K. 2111
 01080 Vitoria-Gasteiz
 Alex.martinez@ehu.es

M.^a Asunción SÁNCHEZ MANZANO, *Prefacios de Benito Arias Montano a la Biblia Regia de Felipe II* [Colección «Humanistas Españoles» 32], León 2006: Universidad de León. ISBN: 84-9773-285-5. € 25

Dentro de la colección *Humanistas Españoles*, instituida por Gaspar Morocho Gayo ha aparecido la edición de los prólogos que Benito Arias Montano añadió en diversos lugares de la monumental Biblia Regia o Biblia políglota de Amberes, una obra que fue patrocinada por Felipe II y que nació con la pretensión de reeditar la Biblia Complutense del Cardenal Cisneros ya que por diversas circunstancias pronto quedaron escasos ejemplares de la misma. Aunque en un principio se proyectó como una mera reedición, la Políglota llegó a desarrollar numerosas novedades y elementos propios.

La edición de los prólogos que Arias Montano incluyó en pasajes varios de la Biblia Regia permitió al lector adentrarse en los pormenores de lo que fue un monumental proyecto editorial y apreciar el concepto cultural de quienes se propusieron facilitar la lectura de la compleja tradición secular de la Biblia desde la perspectiva de la filología humanista. Tal como señala Jesús Paniagua, director del Proyecto *Humanistas españoles*, en estos prólogos aparecen muchos elementos interesantes: «la forma de presentar la temática, el eco de la concepción típicamente renacentista del universo y del hombre, el estado de los estudios orientales en aquella época, la teoría de la traducción y de la literatura comparada, intuiciones geniales sobre la diversificación de las lenguas antiguas, sobre las afinidades y diferencias gramaticales, sobre la caracterización del hebreo respecto de las lenguas clásicas» (Prefacio de la edición, p. XII). No es preciso, por tanto, subrayar el gran interés que reviste este volumen dentro de la mencionada colección.

La presente edición comprende un amplio estudio introductorio, bibliografía, la edición y traducción de los prólogos citados, un comentario del salmo XCVI realizado por Antonio Reguera Feo y un apéndice que contiene una carta del bibliófilo valenciano Gregorio Mayans y Siscar en la que se pueden apreciar sus investigaciones sobre la edición de la «Biblia Complutense» y la de la Regia.

En la Introducción, la editora ofrece una síntesis de la compleja tradición antigua de la Biblia en la que repasa concisamente los diversos géneros de la tradición hebrea (el Targumin, el Midrash rabínico, la Mishnah), la gestación de la traducción griega de

los Setenta y la aportación de los Padres cristianos en la Antigüedad tardía. También menciona la existencia de las diversas tradiciones bíblicas que confluyen en la Edad Media (siríaca, copta, gótica antigua, armenia, etc.) así como la importante labor de revisión llevada a cabo por Alcuino y Teodulfo de Orleáns en el s. ix y la decisiva actuación de los Concilios a lo largo de los siglos para fijar el canon de los libros bíblicos. Con mayor extensión y profusión de detalles expone la autora la historia de la Biblia durante el Humanismo, el papel representado por la imprenta en su difusión y la actuación de los intelectuales más destacados en relación al estudio de las lenguas bíblicas. Resulta especialmente interesante la comparación entre las dos Políglotas españolas del siglo xvi a partir de las observaciones de Fray Luís de Estrada, amigo de Arias Montano y especialista en el tema.

A continuación, expone los detalles biográficos más significativos de la formación intelectual de Arias Montano así como las vicisitudes y enormes dificultades en las que estuvo envuelta la gestación de la Biblia Regia. Es especialmente elocuente el apartado dedicado a la oposición suscitada por el catedrático de la Universidad de Salamanca León de Castro y sus partidarios al proyecto del frexnenense; además, los documentos elegidos por la editora para ilustrar la controversia entre ambos recrean con acierto las dificultades que tuvo que superar la Biblia Regia en el «Reino de España».

Para terminar la introducción M.^a Asunción Sánchez elabora un estudio formal y temático de los distintos prólogos que componen la edición, concretamente, el Primer Prólogo General, los Prefacios a los Tratados Anticuarios del *Apparatus* bíblico (12 libros de contenido enciclopédico que ayudaban a contextualizar e interpretar el contenido bíblico) y los Prefacios en que se explican los criterios de edición (Segundo Prólogo General, Prefacio a la paráfrasis caldaica, Prefacio a la traducción latina del Nuevo Testamento griego, Prefacio a la interpretación latina del Antiguo Testamento a partir del texto hebreo, Prefacio al libro que trata las locuciones idiomáticas del hebreo, Prefacio al lector estudioso de la Sagrada Escritura, Prefacio sobre las variantes y el uso del texto de la Masora y advertencia sobre el ejemplar inglés del Salterio).

La introducción finaliza con la explicitación de los criterios de edición y una amplia bibliografía ordenada por distintos apartados.

La edición de los textos originales, tomada de los ocho tomos publicados por Plantino entre 1568 y 1573 en Amberes, va acompañada de una traducción en un castellano elegante y cuidado que refleja a la perfección el experto uso del mejor latín clásico por parte de un humanista de la talla de Arias Montano.

Finalmente, se incluye, como hemos señalado, un comentario del Salmo XCVI escrito por Antonio Reguera Feo, miembro del proyecto de investigación Humanistas Españoles y un apéndice que reproduce la carta del bibliófilo valenciano Gregorio Mayans y Siscar acerca de la edición de la Biblia Políglota y la de la Regia, con traducción y notas de M.^a Asunción Sánchez Manzano. El comentario al Salmo citado pretende ofrecer un ejemplo de las polémicas que desde el punto de vista filológico protagonizaron los humanistas que se consagraron al estudio de la Biblia con el objetivo de precisar un texto fiable por su cercanía con el original. En este caso concreto, el Salmo es citado por Arias Montano para demostrar que el ejemplar del Salterio que

Lindano prefiere creyendo que no ha sido alterado por los judíos, «es deficiente en la transmisión del texto auténticamente bíblico que se lee en los originales consultados por él para hacer su edición» (Prefacios, p. 271). Por otro lado, la transcripción de la carta de Mayans tiene un indudable interés histórico ya que permite apreciar la perspectiva cultural desde la que se valoraron estos prefacios posteriormente, en un contexto histórico y cultural distinto.

En definitiva, se trata de una edición elaborada con esmero que pone al alcance de biblistas, filólogos y de todos los estudiosos del movimiento humanista unos textos esenciales para profundizar en el conocimiento de la tradición bíblica y de las polémicas en las que se vio inmersa la lectura e interpretación de los textos canónicos en el contexto político, social y cultural del Renacimiento.

GUADALUPE LOPETEGUI SEMPERENA
Estudios Clásicos
UPV/EHU

Aelii Antonii Nebrissensis Rhetorica, Introducción, edición crítica y traducción de Juan Lorenzo Lorenzo, Salamanca, 2006.

Esta edición crítica de la *Rhetorica* de Elio Antonio de Nebrija pone a nuestra disposición una de sus obras menos conocidas y estudiadas, si bien en los últimos años hay que citar algunas aportaciones de interés que han suplido dicha laguna: los artículos de J.J. Murphy⁷ y L. López Grigera⁸ y la reciente edición digital de la obra que nos ocupa a cargo de M.A. Garrido Gallardo⁹. El que la *Rhetorica* no haya llegado a suscitar tanto interés como las obras gramaticales y lingüísticas probablemente se deba, como señala su editor, a que el mismo Nebrija no la

consideró una obra original en cuanto al contenido (Introducción, p. 14).

Por otro lado, esta edición crítica, que consta de Introducción, traducción anotada y enfrentada al texto latino, bibliografía selecta, e índices de nombres propios, de fuentes latinas y de términos técnicos de Retórica, forma parte de un proyecto que, bajo la dirección de C. Codoñer, tiene por objeto editar las Obras Completas del insigne humanista sevillano y que hasta el momento cuenta con cinco publicaciones.

En el estudio introductorio, el profesor J. Lorenzo se ocupa en primer lugar de dos cuestiones directamente relacionadas con la supuesta falta de

⁷ J.J. Murphy, «Antonio Nebrija in the European Rhetorical Tradition» en C. Codoñer - J. Antonio González Iglesias (eds.), *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, Salamanca, 1994, pp. 447-454.

⁸ L. López Grigera, «Corrientes y generaciones en la Retórica del s. XVI en España», en *La Retórica en la España del siglo de Oro*, Salamanca, 1994, pp. 49-68.

⁹ Antonio de Nebrija, *Artis rhetoricae compendiosa coaptatio ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano*. Estudio, traducción y notas en M.A. Garrido Gallardo en el CD-ROM, *Retóricas españolas del s. XVI escritas en latín*, Fundación Hernando de Larramendi, Madrid, 2004.

originalidad de la obra, concretamente, la naturaleza del manual y las fuentes utilizadas. Tal como se deduce del título *Artis rhetoricae compendiosa coepitatio ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano*, su autor pretendía mediante esta obra ofrecer una compilación de textos procedentes de los autores clásicos de la retórica griega y romana, del estilo de los que circulaban en aquella época. Lo que J. Lorenzo considera llamativo en esta compilación es el hecho de que Nebrija hubiera extraído textos de dos fuentes no habituales en la enseñanza del arte retórica de la época: la *Retórica* de Aristóteles y la *Institutio* de Quintiliano, tratado éste del que hacía relativamente poco (1416) Poggio Bracciolini había encontrado una copia completa.

Por otro lado, al reflexionar sobre las razones que pudieron inducir a Nebrija a componer un compendio sobre teoría retórica siendo ya septuagenario, J. Lorenzo señala que por entonces ocupaba la recién creada cátedra de Retórica de la Universidad de Alcalá y que era una práctica habitual que el titular de una cátedra escribiera un manual para la impartición de su materia; por tanto, aunque la obra utilizada habitualmente como libro de texto en las clases teóricas de Retórica era la *ad Herennium*, cabe pensar que en esta obra Nebrija habría recopilado los textos que juzgaba esenciales para el aprendizaje del arte retórica. De todos modos, J. Lorenzo no descarta la influencia de otros motivos que han sido puestos de manifiesto por distintos estudiosos, por ejemplo, el deseo de contrarrestar la *Retórica* de Jorge de Trebisonda, publicada también en Alcalá cuatro años antes (1511), y que presentaba una muy notable influencia de la tradición bizantina¹⁰, o el objetivo de librarse de la censura inquisitorial dedicando la obra al cardenal Cisneros, el cual, siendo Inquisidor General, lo había liberado de la persecución¹¹.

En cuanto a las fuentes utilizadas, el editor afirma que las que se pueden reconocer son latinas y las enumera por orden de importancia según el mayor o menor peso que tienen en la obra: Quintiliano, la *Retórica a Herenio* y *La invención retórica* de Cicerón. En cuanto a la debatida cuestión de la posible influencia aristotélica, J. Lorenzo demuestra con contundencia que la influencia de la *Retórica* aristotélica es prácticamente nula y se limita a quince referencias y una más en el Prólogo; de ellas, seis no son directas ya que se trata de citas de Ne-

brija a Aristóteles y las otras se pueden explicar sin presuponer una lectura directa. Además, las menciones al filósofo griego tienen lugar en textos que Nebrija toma de Quintiliano, nunca en los que extrae de Cicerón o de la *Retórica a Herenio*. A partir de estas constataciones J. Lorenzo demuestra que fue Quintiliano el autor que sirvió de vehículo intermediario de los pasajes retóricos basados aparentemente en Aristóteles; en general, es evidente que Quintiliano es, con mucho, la fuente principal de la *Retórica* ya que más de la mitad de la misma son copias casi literales de la *Institutio* e incluso el esquema organizativo de aquélla está basado en el tratado del calagurritano.

En cuanto a lo que parece deducirse del título dado por el propio Nebrija a la obra en el sentido de que Cicerón fue una fuente importante de su *Retórica*, tal idea se puede explicar, como afirma el editor, teniendo en cuenta que Nebrija consideraba la *Retórica a Herenio* junto al *De inventione* como obra adscrita a Cicerón. Por ello, la importancia que asignaba al orador latino en la confección de su manual era considerablemente mayor de la que en realidad es.

Tras analizar la naturaleza del manual y el uso que el autor hace de las fuentes, J. Lorenzo se plantea la tan mentada cuestión de la originalidad. A pesar de que prácticamente todos los capítulos, excepto el XXVIII —que considera de cosecha propia— siguen las fuentes mencionadas, Nebrija llevó a cabo, como prueba J. Lorenzo, una lectura reflexiva de las mismas, hecho que se advierte, sobre todo, en los cambios de distinta naturaleza que introduce a partir de las fuentes. De entre estos cambios, los más destacables son las adiciones y las modificaciones de naturaleza gramatical o léxica.

Por lo que hace a las primeras, el propio Nebrija advierte que no va a añadir nada nuevo excepto las fórmulas de apertura y cierre de la mayor parte de los capítulos. Dado que habitualmente abrevia las fuentes consultadas dejando fuera gran parte de la materia de las mismas, cuida especialmente las transiciones entre los pasajes mediante fórmulas que, o bien resumen el contenido que acaba de mencionar, o bien anuncian lo que sigue.

En lo relativo a los cambios gramaticales o léxicos, J. Lorenzo subraya una vez más la actitud re-

¹⁰ L. López Grigera, *op. cit.*, p. 57.

¹¹ J.J. Murphy, *op. cit.*, p. 449.

flexiva con que actúa Nebrija con respecto a las fuentes y destaca como prueba las modificaciones de naturaleza léxica: así por ejemplo, la sustitución generalizada de *actor* por *orador* y la de *iudex* por *auditor*. Tales cambios prueban que Nebrija no está pensando en un juez como destinatario de su enseñanza ni pretende situar ésta en el ámbito judicial. Además, el lebrijense muestra su criterio personal en el tratamiento de dos cuestiones importantes: el concepto de *iudicium* y la consideración de los tropos y las figuras. Frente a la doctrina clásica que definía el *iudicium* como una operación reflexiva que el orador debía aplicar sólo a propósito de la *inventio* o recopilación de materiales, Nebrija la considera necesaria también en las restantes operaciones retóricas. En cuanto a los tropos y figuras, uno de los capítulos esenciales del ornato en la sección elocutiva, Nebrija renuncia a tratarlos en profundidad porque considera que esta materia es competencia del gramático y así en el apartado consagrado a la *elocutio* sólo trata cuestiones relacionadas con la pureza, la corrección y la claridad en el uso de la lengua latina.

Una vez probada la lectura reflexiva y personal que practicó Nebrija en la composición de su manual, el editor examina detalladamente las particularidades de las tres ediciones de la *Rhetorica* que vieron la luz en el siglo XVI (las de 1515 y 1529,

publicadas en Alcalá y la de 1583, editada en Granada) y explica las razones que le llevaron a tomar como base de su edición crítica la publicada en Alcalá en 1515: es la única que vio la luz en vida del autor y, a pesar de que contiene errores que sólo se explican teniendo en cuenta que las fuentes utilizadas los contendrían y se colaron en el proceso de copia o como resultado de un proceso poco cuidadoso de dictado, “sirve para desvelar de forma bastante aproximada la manera de trabajar que tenían muchos humanistas de la época” (*Rhetorica*, p. 42).

Tras la Introducción, sigue la edición de los 29 capítulos de la Retórica con una traducción cuidada y concisa, una bibliografía selecta y unos muy útiles índices de nombres propios, términos técnicos de retórica y fuentes latinas mencionadas.

En definitiva, se trata de una edición elaborada con esmero que desarrolla clara y minuciosamente en su estudio introductorio todas las cuestiones objeto de debate por parte de la crítica y que viene a colmar un importante vacío dentro de la edición de las obras lingüístico-gramaticales de Nebrija.

GUADALUPE LOPETEGUI SEMPERENA
Estudios Clásicos
UPV/EHU

Zeitschrift für celtische Philologie, Tübingen, Niemeyer Verlag, Band 56, 2008, 255 págs. ISBN 978-3-484-60494-0, ISSN 0084-5302.

Además de la considerable cantidad de reseñas que hacen de la *ZCPb* una de las publicaciones de referencia en el ámbito de la filología céltica, este número incluye una serie de artículos de temática variada aunque tienen claro predominio los temas dedicados a las lenguas célticas insulares.

Como en números anteriores, el volumen comienza con una parte del texto de Hans Hartmann titulado «Was ist “Wahrheit” (2)?: ein Vergleich französischer, keltischer, indischer, iranischer und griechischer Vorstellungen von der Verwirklichung der Wahrheit; eine kulturgeschichtliche und

sprachwissenschaftliche Analyse» (1-56). La de este número es la quinta y última parte de este texto póstumo que intenta combinar aspectos literarios, culturales y lingüísticos de las tradiciones señaladas en torno a la idea de «verdad». La erudición y amplitud de miras del autor son ciertamente impresionantes, y —en general— la lectura es ágil y gratificante, pero se echa en falta, como en las partes anteriores, el desarrollo en torno a una tesis básica más o menos definida que permita establecer una conexión neta entre la noción de «verdad» u objetividad y los elementos que van siendo desgranados a lo largo del texto. Tal vez esta parte sea la más lingüística de todas, dado que trata en su mayor parte de categorías lingüísticas propias de las lenguas célticas (más en concreto, de las lenguas célticas insulares). En buena

medida, Hartmann continúa aquí con la línea de su obra *Das Passiv: eine Studie zur Geistesgeschichte der Kelten, Italiker und Arier*, Heidelberg 1954.

E.P. Hamp («Morphological principles of MM», 57-59) responde a objeciones planteadas por K.H. Schmidt (en *ZCPH* 45, 1992, 355) a dos hipótesis cuyas previamente planteadas, en concreto (1) la explicación etimológica de galo *barnaunom* mediante un sufijo *-un(o)-*, y no mediante *-mno-* (para lo cual plantea aquí una alternancia protoindoeuropea entre *-w-* y *-m-* en determinados contextos morfológicos), (2) la interpretación etimológica de irl.a *fēnae* «carro» como *plurale tantum*.

K. Shields Jr. («On the Origin of Celtiberian 3rd Sg. Fut. Imper. *-tus*», 60-67) ofrece una propuesta etimológica en consonancia con su idea de la «New Image» del PIE, según la cual las «inflectional complexities» que caracterizarían a la reconstrucción neogramática serían el producto de desarrollos dialectales, lo cual suele implicar en la práctica la aplicación de una reconstrucción de segundo grado más o menos verosímil sobre morfemas derivados de la comparación, muy frecuentemente mediante la asunción de morfemas monofonemáticos y poli-funcionales. Para el celtib. *-tus*, interpretado como señala el título del artículo, Shields parece favorecer la posibilidad de PIE **-tu* (ind.a. *-tu*, hit. *-tu*) sobre **-tōd* (ind.a. *-tāt*, lat. *-tō*, gr. *-τω*), al que se añadiría **-so*, «a grammaticalized deictic particle with non-present meaning», probablemente representado en el seguro demostrativo PIE **so* **sā* **tod*.

F.O. Lindeman («A theological note on an Old Irish gloss on verse 13 of psalm 49», 68-70) se centra en la frase *isara fia dom* (*Thes.Pal.* i 3) traducida por el autor como «it is in my power» y observa que el glosador no parece haber entendido el sentido teológico del verso comentado.

P.Ó. Riain («The Book of Glendalough: a Continuing Investigation», 71-88) reseña el trabajo filológico en torno al manuscrito Rawlinson B 502, que incluye entre otros importantes textos medievales irlandeses como *Saltair na Rann* o *Sex aetates mundi* y que ha sido identificado por el autor desde 1981 con el denominado «book of Glendalough», un texto que habría sido compilado no más tarde del siglo XII y que tuvo una considerable influencia en compilaciones posteriores; en pp. 76-80, el autor discute las críticas y alternativas planteadas a su propuesta.

B. Jask («Early Irish examples of the name ‘Arthur’», 89-105) revisa las apariciones del nombre *Artúr* en textos irlandeses cronológicamente anteriores al establecimiento de la leyenda artúrica hacia el final del siglo XII. Se trata en muchos casos de reyes irlandeses o escoceses que, de un modo o de otro, han adoptado un nombre galés en el marco de relaciones políticas y/o familiares, aunque no se pueden poner en contacto directo con el rey Arturo de la leyenda; el autor supone que el nombre Arturo en el contexto irlandés no estaba todavía intrínsecamente ligado al personaje legendario.

P. Ronan («Snow in the Ulster Cycle of Tales, a sign of icy times or else?», 106-115) recopila algunos pasajes del ciclo de leyendas del Ulster en los que la nieve se establece como elemento circunstancial decisivo para la acción narrada; la autora añade la cierta abundancia de inviernos fríos de los que se informa en los anales del Ulster. Sin embargo, y pese al título del artículo, el trabajo se centra más bien en la idea de que las fuerzas de la naturaleza son literariamente tratadas como el agente incontrollable que incide directamente en la esfera humana.

A. Breeze («Ptolemy’s *Cenio* and the Fal Estuary, Cornwall», 116-118) se basa en las formas de la Cosmografía de Ravenna (*Conio*, *Coantia*, *Cunia*, *Cunis*) para enmendar la forma *Cenio*, transmitida en el texto de Ptolomeo, como *Cunio*, que relaciona con el nombre celta para «perro» que se puede encontrar en la onomástica personal y en la hidronimia galesas.

G. Isaac («*The Verb in the Book of Aneirin*. Addenda and Corrigenda», 119-128) aporta 3 verbos finitos, un pasaje y cuatro referencias bibliográficas no incluidos, así como una lista de erratas y comentarios concretos que hay que incluir en su obra de 1997. Casi un capítulo aparte está constituido por la discusión de las ideas y observaciones de D.W.E. Willis (*Syntactic change in Welsh: A Study of the Loss of Verb-Second*, Oxford 1998).

El trabajo de E. Poppe y R. Reck («A French Romance in Wales: *Ystoria Bown o Hamtwn*. Processes of medieval Translations», 129-164) es la segunda parte del trabajo comenzado en el número anterior de la revista (*ZCPH* 55, 2007, 122-180), y dedicado a la relación entre el texto original anglo-normando (*Geste de Boeue de Haumtone*) y la traducción (más bien reescritura, «rewriting») galesa. El lector habrá de consultar en esa primera parte muchas de

las referencias bibliográficas que aparecen aquí, así como aspectos relativos a la transmisión textual del texto galés, su argumento y su estructura narrativa. El contenido de esta parte se puede agrupar en tres apartados generales. En el primero, se observan elementos estilísticos del texto galés que con toda probabilidad no se basan en el original sino en la propia tradición literaria galesa (uso de hendíadís, estructuración de las escenas de combate, uso de subordinación resumptiva, usos «admirativos» de part. galesas como *nachaf* y *llyma*, entre otros fenómenos sintácticos). El segundo, dedicado a aspectos más netamente lingüísticos, se centra en el alcance de los préstamos romances, tanto en vocablos concretos

como en expresiones para enfatizar la negación, en el uso esporádico de la 2pl. en vez de la 2sg., en el tratamiento de la onomástica, entre otros. El tercero trata la propuesta de establecer dos «regiones» («regions») en el texto galés a partir de algunos elementos vistos en las dos partes anteriores y de otros más concretos relativos a la morfología; fenómenos paralelos se pueden observar en traducciones del mismo texto al inglés medio y al islandés antiguo; en este caso, se puede decir que la segunda «región» es más fiel al original romance.

CARLOS GARCÍA CASTILLERO
UPV/EHU

G. CRUZ ANDREOTTI, P. LE ROUX, P. MORET, *La invención de una geografía de la Península Ibérica II. La época imperial*, (Actas del Coloquio Internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid entre el 3 y el 4 de abril de 2006), Málaga-Madrid 2007, ISBN 84-96820-06-7.

En 2006 se publicaba *La invención de una geografía de la Península Ibérica I. La época republicana*, que recogía las ponencias presentadas al Coloquio internacional celebrado un año antes. Siguiendo el espíritu y la forma de esta primera obra los editores nos ofrecen en esta ocasión las actas del segundo encuentro dedicado a la época imperial.

Una de las diferencias más significativas entre época republicana e imperial es la existencia de una serie de obras literarias que nos ofrecen la representación de Hispania realizada por los autores de los dos primeros siglos del imperio, enriqueciendo el conjunto de fuentes de que disponemos para este período. En efecto, las obras de Estrabón (*Geografía*), Plinio (*Historia natural*), Pomponio Mela (*De Chorographia*) y Claudio Ptolomeo (*Geografía*) fueron objeto de estudio por investigadores de diferentes disciplinas en el segundo Coloquio internacional.

Esta publicación pone de manifiesto el interés que esta línea de investigación suscita, y nos acerca el trabajo de prestigiosos especialistas, de procedencia y formación diversas. Consideramos importante subrayar la interdisciplinariedad y el trabajo conjunto de estos estudiosos, algunos de los cuales habían

participado ya en el Coloquio de 2005 dedicado a la geografía de época republicana.

G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret nos ofrecen en la Presentación (pp. 5-12) algunos de los aspectos más importantes de la misma, haciendo incidencia en su contenido. Se ha optado por ofrecer el texto en castellano y en francés, lo que sin duda es reflejo de la fructífera colaboración entre la Casa de Velázquez de Madrid y la Universidad de Málaga.

Una necesaria e interesantísima introducción (pp. 13-46) da paso al cuerpo de contribuciones que conforman el núcleo de la obra. P. Arnaud («Introduction: la géographie romaine impériale, entre tradition et innovation») analiza la importante presencia de la tradición en la geografía romana. Los geógrafos griegos fueron conocidos en el mundo romano de forma irregular. La recepción de estas fuentes y su transmisión ocupan una parte importante de este trabajo. El autor estudia con detalle el caso de la *Historia natural* de Plinio, plasmando los resultados de su investigación en dos gráficos (pp. 28-29). Es una lástima que la publicación en blanco y negro reste claridad y definición al primero de ellos.

La mayor innovación del periodo imperial parece residir en un interés mayor por los saberes geográficos, el incremento de obras de carácter literario y el desarrollo de la cartografía así lo demuestran (pp. 28-29). La realidad política del Principado instaurado por Augusto es sin lugar a dudas uno de los desencadenantes de esta creciente presencia de la

geografía, el dominio administrativo de los territorios conquistados aportó una gran cantidad de información nueva, e impulsó también su representación ordenada. La geografía de la Península Ibérica presenta las mismas características que las del resto del territorio romano, en ella confluyen tradición e innovación y se convierte asimismo en tradición (p. 41).

El núcleo de la obra y se articula en tres apartados. En el primero (pp. 47-193) se agrupan las siete comunicaciones que se ocupan del estudio de las fuentes literarias. Las dos primeras (F. Prontera, P. Counillon) se centran en la obra estraboniana, en la tercera el autor (P. Parroni) atiende a la información que Mela ofrece sobre Hispania. Plinio es objeto de estudio de la cuarta y quinta comunicaciones (G. Tarina, F. Beltrán Lloris) y las dos últimas (D. Marcotte, J.L. García Alonso) nos acercan a la geografía y cartografía de Claudio Ptolomeo.

F. Prontera («Strabone e la tradizione della geografia ellenistica», pp. 49-63) señala los tres elementos de la geografía helenística que se encuentran también en la Iberia de Estrabón: el interés por las cuestiones de geografía general, la etnografía y la *archaiologia* (p. 49). Se centra en esta ocasión en la cartografía de Iberia, considerando la Península desde un doble punto de vista, por un lado la estudia como parte occidental de la ecumene y por otro analiza su estructura interior que es señalada por la delineación de los sistemas orográficos. Prontera nos ofrece un pequeño dossier cartográfico, se trata de cinco mapas, los tres primeros reproducen la representación del Mediterráneo en la carta de Estrabón, el cuarto recoge un mapa de Eratóstenes y en el quinto nos presenta la imagen de Hispania según el libro III de la Geografía de Estrabón.

El segundo trabajo se centra asimismo en la *Geografía* de Estrabón («La représentation de l'espace et la description géographique dans le livre III de la *Géographie* de Strabon», pp. 65-80). P. Counillon se propone determinar la imagen de la península que un lector antiguo podía formarse según el texto estraboniano. Las primeras menciones de Iberia (la comparación de la península con una piel de toro y su integración en la representación general de la ecumene) las encontramos antes del libro III (pp. 66-67). Siguiendo al geógrafo de Amaseia, Counillon establece una triple división de Iberia: Turdetania, Lusitania y el «resto», señalando que estos tres espacios son el marco en que Estrabón

enmarca las noticias de carácter enciclopédico que ofrece en su obra.

Además de una interesante selección bibliográfica, encontramos una serie de mapas en los que el autor apoya su exposición. Destacaremos los que aparecen agrupados en la Fig. 2 (p. 78) a través de los cuales el autor explica las etapas de la descripción del territorio peninsular.

Siguiendo con el estudio de las fuentes literarias P. Parroni nos acerca a la obra de Pomponio Mela («La Spagna di Pomponio Mela», pp. 81-93), reivindicando el valor de la misma. Siguiendo la tradición griega, el autor hispano elabora su *De Chorographia* como un periplo por lo que la información sobre la Península Ibérica queda repartida entre los libros II y III. Parroni señala que la descripción de Hispania aunque se reduce a lo esencial (a diferencia de Estrabón y Plinio Mela no ofrece medidas o datos numéricos) es bastante precisa y actualizada (p. 85). Su origen hispano no le impide tratar a la Península como al resto de los territorios romanos, la única concesión que hace es la mención de *Tingetara*, la pequeña ciudad en que nació. Uno de los elementos que dan valor a la obra de Mela es que ofrece algunos topónimos que no aparecen en otras fuentes (p. 91).

La *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo es el objeto de estudio de las contribuciones de G. Tarina («La géographie entre érudition et politique: Plin l'ancien et les frontières de la connaissance du monde», pp. 95-114) y F. Beltrán Lloris («*Locorum nuda nomina?* La estructura de la descripción pliniana de Hispania», pp. 115-160). El contexto histórico en que el naturalista latino escribe es fundamental para la comprensión de su obra. En los primeros decenios del siglo I el control de los territorios pacificados desplaza a la conquista y la exploración de tierras lejanas, lo que proporciona una abundante y rica documentación de carácter administrativo, aportada en buena medida por los senadores y caballeros que detentan los cargos de la nueva administración imperial (p. 109).

Traina señala que la obra de Plinio representa un momento importante en el desarrollo de la concepción geográfica antigua, la califica de «geografía romana», incidiendo en la dimensión política ligada al ejercicio del poder.

F. Beltrán Lloris reivindica el valor de la información geográfica que sobre la Península Ibérica nos

ofrece la *Naturalis historia* de Plinio. Nos encontramos, según este autor, ante el «testimonio más relevante que conservamos para el conocimiento de la geografía política y de la organización administrativa de las provincias hispanas a comienzos del Principado» (p. 115). El objetivo de este trabajo es situar la descripción pliniana de Hispania en el contexto de los libros geográficos, así como señalar sus principales partes y desentrañar la estructura de las descripciones de las tres provincias hispanas —Bética, Tarraconense y Lusitania—. Plinio concede prioridad a la información política poniendo de manifiesto el alto nivel de integración política del territorio hispano. En relación con esta cuestión cabe señalar que, a diferencia de otras fuentes, la *Historia natural* nos ofrece la cifra total de *ciuitates* hispanas, especificando el número de colonias, municipios romanos y latinos, ciudades federadas, libres y estipendiarias (pp. 120-121).

Por último, hemos de mencionar que el autor apoya su exposición en una serie de cuadros, mapas y textos, que resultan de gran utilidad para el lector.

Se cierra esta primera parte con dos contribuciones que tienen como objeto de estudio la obra de Ptolomeo. En la primera de ellas («Ptolémée et la constitution d'une cartographie régionale», pp. 161-172), D. Marcotte se centra en el estudio de las modalidades de la construcción del mapamundi y de los 26 mapas regionales, subrayando su orientación matemática y su preocupación por la geometrización del espacio físico y humano, ocupándose detenidamente del método de Ptolomeo (p. 163).

J.L. García Alonso («La *Geografía* de Ptolomeo y el *corpus* toponímico y etnonímico de Hispania», pp. 173-193) incide también en la cuestión metodológica. Ptolomeo recopila toda la información disponible y la ordena en una tabla sistemática de coordenadas para facilitar el trazado de un mapa de la *oikoumene* o de mapas regionales, en los que sitúa las principales ciudades (p. 174). El tema principal de este trabajo es, sin embargo, el estudio lingüístico de los nombres propios (topónimos, etnónimos, antropónimos) que Ptolomeo recoge. La *Geografía* del erudito alejandrino se convierte en fuente para el conocimiento de los pueblos indígenas de la Península Ibérica, para estudiar su adscripción lingüística y en relación con esta su clasificación étnica. También en este caso encontramos un mapa en el que el autor nos ofrece la reconstrucción de la *oikoumene* según Ptolomeo (p. 189).

La segunda parte del conjunto de contribuciones (pp. 195-221) está dedicada a la aportación de la epigrafía a la geografía peninsular. Dos son los trabajos que se recogen en este apartado. En el primero («Géographie péninsulaire et épigraphie romaine», pp. 197-217) P. Le Roux se centra en la presencia de la geografía en los documentos epigráficos peninsulares, subrayando la abundante información que estos aportan. El carácter abierto de la epigrafía implica que a medida en que se incrementa el número de inscripciones lo hace también el conjunto de referencias de carácter geográfico que éstas proporcionan. El autor realiza un trabajo sistematizado de clasificación y valoración de la aportación de la epigrafía al conocimiento de la geografía hispana en el Alto imperio.

J. Gómez-Pantoja, («Una visión «epigráfica» de la geografía de Hispania central», pp. 221-248) incide en la información que las inscripciones proporcionan, tanto en la cuestión general de la reconstrucción del paisaje físico y humano del centro peninsular, como en algunos problemas concretos. El autor destaca el valor de los textos epigráficos en el estudio de la geografía de época imperial. La aparición de nuevos epígrafes ha sido determinante para completar la información proporcionada por las fuentes literarias. En algunos casos la epigrafía ratifica los datos de las fuentes literarias, en otros los enmienda, y con frecuencia acaba con las polémicas existentes desde antiguo.

El tercer apartado (pp. 249-358) lo forman las contribuciones dedicadas al estudio de la Bética, sin perder de vista las cuestiones generales los autores se ocupan de este territorio concreto. En la primera comunicación («Acerca de Estrabón y la Turdetania-Bética», pp. 251-270) G. Cruz Andreotti analiza las referencias a la Turdetania recogidas en el libro III de la *Geografía* de Estrabón. El texto del geógrafo de Amaseia nos presenta un territorio inserto en los esquemas organizativos romanos. La Turdetania altoimperial es el resultado de un proceso de integración, de la labor aglutinadora de una etnia que ocupa un territorio homogéneo, definida por una lengua, una cultura y unas tradiciones propias.

El autor examina la descripción estraboniana como ejemplo de una «geografía de la civilización», en la que destaca el protagonismo romano, por su capacidad de introducir a este territorio peninsular en el curso de la historia, convirtiendo a los turdetanos en *togati* (pp. 264-265).

El segundo trabajo de este apartado es el realizado por M.^aL. Cortijo Cerezo («El papel del *conventus iuridicus* en la descripción geográfica de Plinio el Viejo. El caso Bético», pp. 271-304). La autora estima que no puede estudiarse la geografía de la Península Ibérica sin tener en cuenta la vertiente administrativa, plasmación política de la realidad geográfica (p. 271), por ello se centra en el papel de las circunscripciones judiciales en la redistribución de los espacios a nivel regional. Tras ocuparse de cuestiones generales, se detiene en el caso bético, extendiéndose en la estructuración de la red viaria provincial y su relación con la división conventual. Por último nos acerca al caso del *conventus astigitano*, analizando el rápido ascenso de su capital, Astigi. La autora complementa su trabajo con un mapa político-administrativo de la Bética.

En la última comunicación («Structuring of the provincial landscape: the towns in central and western *Baetica* in their geographical context», pp. 305-358) S. Keay y G. Earl estudian los contextos geográficos y las relaciones que se establecen entre las ciudades y su entorno, valiéndose de una base de datos informática relativa al territorio central y occidental de la *Ulterior Baetica*. Entre finales del siglo III a.C. y el II d.C. Roma crea una nueva realidad geográfica actuando sobre la preexistente y adaptándola a sus necesidades administrativas. Merece una mención especial el apéndice documental que nos ofrecen los autores, y en él el conjunto de mapas (pp. 335-353) cuidadosamente editados.

F. Beltrán Lloris es el encargado de realizar una síntesis valorativa de las contribuciones presenta-

das al Coloquio y las conclusiones del mismo («A modo de recapitulación», pp. 359-363). Entre estas creemos oportuno mencionar tres. En primer lugar la constatación de la heterogeneidad de las fuentes. «Estrabón, Plinio, Mela y Ptolomeo representan personalidades, tradiciones, métodos, estadios de conocimiento y propósitos diferentes que aconsejan hablar no tanto de una geografía de época imperial, sino de *geografías de época imperial*» (p. 363).

Respecto a la Península Ibérica el autor concluye que las fuentes nos presentan un espacio bien documentado, articulado por las divisiones provinciales.

La última conclusión es la necesidad de confrontar la información ofrecida por las obras geográficas con otras fuentes. El trabajo interdisciplinar es el que, también en esta cuestión, permitirá avanzar a la investigación.

El libro se cierra con el resumen y las palabras clave de las contribuciones, ordenadas por orden alfabético (pp. 365-374) y el Directorio (pp. 375-377), organizado siguiendo el mismo criterio. Por último encontramos el índice general de la obra.

Como conclusión sólo nos resta señalar que nos encontramos ante una obra que cumple plenamente el objetivo con que fue planteada, y manifestar nuestra satisfacción por la celebración de esta serie de Coloquios y la rápida publicación de sus actas.

ISIDORA EMBORUJO SALGADO
UPV/EHU